



MIRANDO HACIA LA LIBERTAD

CERTAMEN 2018

Vivencias de estudiantes
privados de libertad y de
profesionales que los acompañan
en su proceso educativo



MIRANDO HACIA LA LIBERTAD

CERTAMEN 2018

Vivencias de estudiantes
privados de libertad y de
profesionales que los acompañan
en su proceso educativo

Esta publicación forma parte de "Educación
para la Libertad - Propuesta de Mejoramiento
Pedagógico para Centros Educativos
en Contextos de Encierro"

Subcomité de Retención y Nuevas Oportunidades
División de Educación General

MIRANDO HACIA LA LIBERTAD

Vivencias de estudiantes privados de libertad y de profesionales que los acompañan en su proceso educativo

Propiedad del Ministerio de Educación

Subcomité de Retención y Nuevas Oportunidades
División de Educación General

División de Educación General
Raimundo Larraín Hurtado

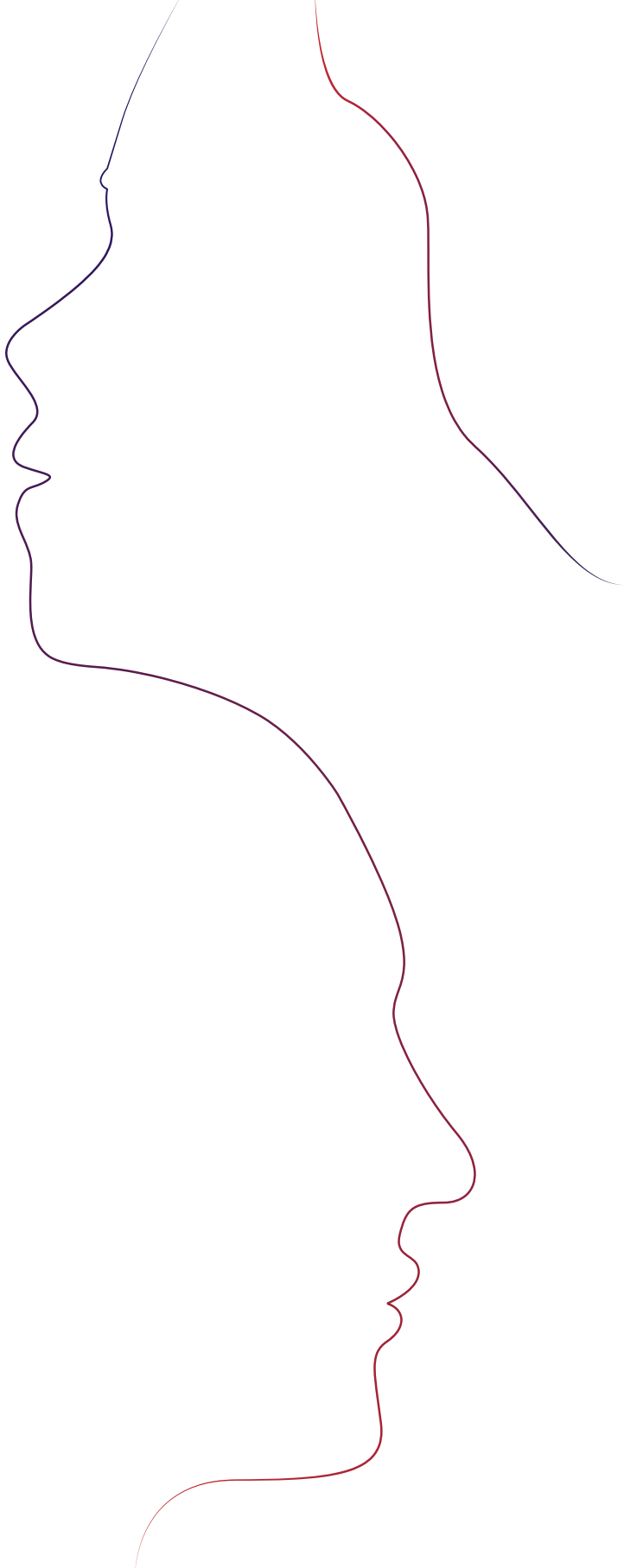
Subcomité de Retención y Nuevas Oportunidades
Sergio Becerra Ovalle

Selección de textos
Daniela Gacitúa Solorza, Isabel Vilches Contreras y Nicolás De Rosas Cisterna

Diagramación y Diseño
Diseño Ministerio de Educación

Distribución gratuita

Agradecemos a todos los participantes en este certamen, que nos hayan abierto una ventana para conocer un poco más de sus vidas, y esperamos que este ejercicio no sea solo un proceso educativo, sino que de aprendizaje tanto para quienes escribieron como para quienes lean estas palabras.



ÍNDICE

PRESENTACIÓN	2
Monotonía del Lihuén - C. Rodríguez	5
Las rejas que enseñan - Ángela Bernales	7
Vacaciones - J. Beraún	9
Decisiones - V. Vásquez	11
Los compañeros - S. Rocco	14
$X \cdot 50 = 18.250$ - Laucha	15
Un relato incomprensible - Molo	17
El limbo, vida entre paréntesis - Úniko	19
Rápida y oscura - S. Cruz	21
Nubes negras - J. Beraún	23
Vivencias - Marta Plaza	25
La última clase con "el Jimmy" - Alejandra Montoya	29
Libertad en el encierro - Diego Castro	31
El peligro de trabajar en la cárcel - Evelin Maldonado	34
Gracias a la vida - Jessica León	38
Mi pasantía en "Canadá" - José Antonio Romero	40
Entre los "chumangos" - Juan Ignacio Gil	44
Mirada tras las rejas - Rigoberto Loyola	46

Más allá de la educación - Yassmin Dapik	48
Aceite de día y luciérnagas de noche - G. Mansilla	51
Kafka transgénero - R. Pinochet	52
Un viaje largo... - DAB	54
El encierro - Diego	56
Sanación - Matilde	57
Realidad penitenciaria - E. Catillo, H. Astete, M. Pastenes	59
Esta es mi historia - K. Castro	60
Historias de cárcel: de "Matuaje" a "Kimbal" - R. Cáceres	62
Reconstruyendo una oportunidad - A. Parada, S. Carrasco y M. Acuña	65
Como una flor en el cemento - M. Álvarez	67
A paso firme con la educación de calidad - Ricardo Jaque	70
Llegó y no volvió más - M. B. Valdebenito	72
Mariposas con color de polillas - Y. Soto	74
Contexto, aprendizaje y momentos de la clase - Luis Martínez	75
Lo peor y mejor de nosotros - Rosita Rodríguez	79
Oliveira - Carmen Fuentealba	81
No quiero ser lo que dicen que soy... - Risy	85

PRESENTA

Para el Presidente Sebastián Piñera la educación es la clave del progreso tanto personal como social y el principal instrumento para crear una sociedad de oportunidades para todos. Por esto, el Ministerio de Educación y el Ministerio de Justicia y Derechos Humanos están trabajando juntos para contribuir al mejoramiento de la calidad y los procesos pedagógicos en establecimientos educacionales en contextos de encierro. Esta línea de trabajo se caracteriza por el desarrollo de actividades de extensión, creando iniciativas que se inician en el aula y continúan en los espacios donde se desenvuelven los alumnos una vez concluido el horario escolar.

Mirando hacia la Libertad es una recopilación de poesías y textos de estudiantes de estas escuelas, que contribuye a ampliar las oportunidades de aprendizaje mediante actividades que proporcionan a los internos opciones para descubrir, orientar y desarrollar sus intereses y habilidades bajo la conducción del establecimiento educacional. Además, estas iniciativas fortalecen la formación de estos

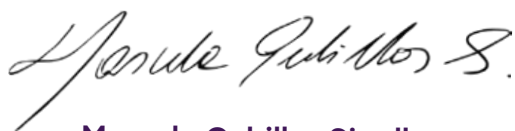
estudiantes por medio de un proceso de reflexión acerca de su situación y las expectativas que tienen frente a su propia vida.

La quinta versión que hoy publica el Ministerio de Educación recoge las vivencias del contexto en que se desenvuelven las personas privadas de libertad. Aquí, por primera vez, se incluyen las reflexiones de directivos, docentes y profesionales de los centros privativos de libertad, quienes se refieren al impacto que ha tenido en su vida personal y profesional el formar parte del proceso educativo de estos estudiantes. En cuanto a los trabajos de los estudiantes, estos destacan el valor de la solidaridad como un pilar que les ayuda a sobrellevar su existencia en un contexto privativo de libertad y también las dificultades, en algunos casos, para construir relaciones basadas en ese valor.

A través de los escritos, se percibe cómo la educación entrega apertura no solo a un espacio de libertad, sino también de encuentro con el otro y consigo mismo, en cuanto a crecimiento personal y al descubrimiento de nuevas capacidades.

CIÓN

Esperamos que estos textos que reflejan vivencias, se conviertan también en oportunidades de aprendizaje y reflexión para quienes trabajan o se interesan por la educación de personas en este contexto. A todos los participantes en este certamen, agradecemos que nos hayan abierto una ventana para conocer un poco más de sus vidas, y esperamos que este ejercicio no sea solo un proceso educativo, sino que de aprendizaje tanto para quienes escribieron como para quienes lean estas palabras.



Marcela Cubillos Sigall
Ministra de Educación

Monotonía del Lihuén

C. Rodríguez

Estudiante

Colegio Ruka Newen

Limache

"Un monótono día sigue a otra idéntica monotonía. Las mismas cosas ocurrirán, volverán a ocurrir— los mismos momentos nos encontrarán y nos dejarán.

Un mes pasa y da paso a otro mes. Es fácil adivinar los eventos que vienen; son los tediosos eventos de ayer. Y el mañana termina por no parecer un mañana".

Constantino Cavafis

Aquí todos los días son como cualquier otro, los días que se hacen más cortos, son los días de visita, ya que podemos disfrutar un grato momento con nuestras familias.

Algunos días aquí, al interior del Lihuén, se hacen más largos debido al ingreso de gendarmería, ya que por procedimiento debemos estar el resto del día encerrados. Depende de los educadores si podemos salir o no.

La vida aquí no es vida, la libertad es algo que no se compara, hay jóvenes que logran adaptarse, en cambio otros no soportan un día más de encierro.

Yo encuentro que es como una oportunidad más para valorar las cosas, no las cosas materiales, sino las cosas sentimentales como la familia, el lugar donde uno vive, la comida, el hogar, las mascotas, los vecinos... la libertad.

En lo personal, aún creo que las personas pueden cambiar, pero para eso deben pasar por un mal momento y superar el obstáculo. Según los estados de ánimo, hay días que son tranquilos y otros días son más tensos.

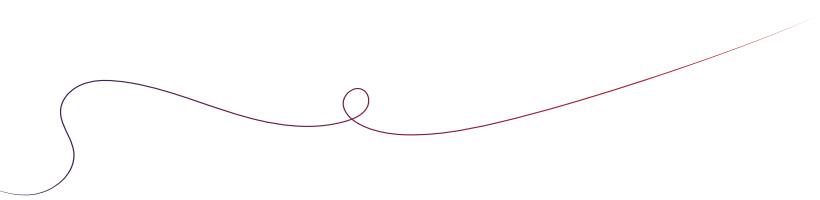
Aquí solamente tenemos llamadas dos veces a la semana. Los días que uno no tiene visita son fomes. No por las cosas materiales, sino por el afecto que nos entrega nuestra visita.

Los martes y jueves voy a las clases, porque es necesario terminar los estudios.

A veces los juzgados nos dan un tiempo de investigación y ese tiempo se extiende.

Eso nos provoca desesperación, angustia y tristeza.

Ocurren algunos casos, en que las parejas de los jóvenes dejan de venir y a veces es mejor, de cierta forma se corta un sufrimiento.



Hay días que uno despierta de mal humor y ni siquiera sabe la razón. Yo creo que el encierro provoca eso...

Aquí la amistad no existe, solo existen conocidos, porque hasta la persona de mayor confianza te puede traicionar.

El hecho de ser de una misma ciudad un compañero, ya forma un lazo de compañerismo.

Aquí todas las estaciones del año son igual de monótonas y grises.

Los jóvenes que vienen con problemas de la calle, como infidelidades, traiciones, relacionadas con algún joven que se encuentra acá, siempre van a tener problemas, ya que se corre la voz y todos se enteran.

Aquí lo principal es ser uno mismo y no aparentar cosas que uno no es, porque al final se sabe la verdad y es peor.

Uno siempre ve el mismo color, el color del cemento, el invierno es frío y el verano es sofocante.

El sonido de las aves me despierta en la mañana como despertador. La rutina de *hacer conducta* es necesaria, no para ser mejor persona, sino que para buscar una

pronta libertad. Esto de participar en los talleres, asistir a la escuela y no cometer faltas que puedan ser llevadas a un comité de disciplina.

A los jóvenes que consumían drogas en la calle, se les hace más difícil su estadía aquí ya que, al no tener acceso a estas, pasan por un período de angustia y desesperación. Todos estos jóvenes necesitan más ayuda y más apoyo.

A veces llegan jóvenes que son sucios para vivir, nunca hacen aseos en sus piezas y a veces ni se bañan, eso es muy desagradable. Hay jóvenes que son muy creyentes, eso les ayuda a ser más fuertes y pacientes.

Las rejas que enseñan

Ángela Bernales

Profesora

Liceo Técnico Profesional
de Adultos

Antofagasta

"Profesora, ¿usted qué hace aquí? Debería estar enseñando en un colegio o universidad. Mire donde se vino a meter..."

Aún recuerdo esas palabras como si fuesen recientes. La cuestión es que aún no puedo responder a esa pregunta sinceramente.

A mis tres años de trabajo como profesora de un liceo-cárcel, me siento igual de confundida que en mi primer día. ¿Qué hago aquí? Siento que hago tanto y a la vez nada. No gastaré papel en describir las innumerables labores docentes. No me interesa. La educación aquí asume un rol distinto. Las notas, estándares de medición y prestigio, aquí no cuentan. Lo que para un docente del sistema tradicional importa, aquí son solo habladurías.

"Profesora, puedo ver en usted el poder mental que ejerce sobre nosotros. Su mirada manda".

Si supieran cuántas veces cuestioné el carácter fuerte que ejercí frente a ustedes... A solas reflexioné sobre los riesgos que en algún momento correría por eso. Pero, ¿cómo olvidar mi labor principal? Educar.

Muchos ríen cuando comento mis anécdotas carcelarias. ¿Cómo vas a educar a quienes jamás han respetado o querido la educación?

A esa pregunta sí que puedo responder, y con otra: ¿cómo vas a catalogar o evaluar a quien nunca se le ha dado una oportunidad?

Una de las gratificaciones más grandes aquí, ha sido ver sus rostros de asombro al descubrir que son buenos o capaces de hacer otras actividades. Aquellas pertenecientes a nuestro universo. Ese universo paralelo, y que pocas veces ellos cruzan.

"Venir a la escuela para mí es un descanso, un privilegio. El solo hecho de verlos a ustedes los profes, nos renueva, nos distrae".

Entre mis libros y enojos diarios, mi mente hacía pequeñas pausas en donde me veía a mí misma presa en un patio viendo a los mismos personajes día a día, y de pronto un grito, un gendarme, una invitación a caminar, mirar, interactuar, a pensar y actuar distinto, aunque sea mentira, aunque fuese como la escena practicada de una obra teatral: "La escuelita".



Buenos días, ¡salude!, tome asiento, súbase esos pantalones, hable como caballero, mire a los ojos cuando habla, termine su tarea, ¡usted puede! los problemas de patio al patio, ahora entramos al modo escuela.

“Yo vengo a la escuela por la conducta, no estoy ni ahí con aprender”.

El solo hecho de escucharlos decir eso, me motivaba aún más a mostrarles que siempre se aprende, que siempre lo hicieron. A darse cuenta de que sin querer lo están haciendo. Están aprendiendo. ¿Esfuerzo? ¿Perseverancia? ¿Éxito? De todo su poco.

No sé si el día de mañana mis alumnos me defiendan o ataquen en las calles, o simplemente pasen de largo. Pero prefiero ser parte de la solución y no del problema.

Sé que ellos piensan que soy indolente, que jamás estaré de su lado, que mi universo es tan distinto al de ellos, pero a diferencia de muchos, creo que vivir la reinserción es más difícil que vivir la delincuencia.

¿Por qué usamos el término reinserción?
¿Han estado ellos alguna vez insertos en

nuestro sistema? Lo dudo. A gran parte de ellos, desde niños les fue heredado este destino, ese otro universo.

Imaginen cómo sería la vida de ustedes si de un momento a otro les pidiesen dejar de trabajar, de educarse, si les pidiesen portar un arma y salir a delinquir. ¿Lo harían? Si toda tu vida has seguido otras reglas, otros modelos, otra gente, tu familia, ¿cómo vas a empezar a vivir como delincuente de la noche a la mañana y olvidar todo? Arreglártelas solo. ¿Se puede? ¿Pueden ustedes que están leyendo, sobrevivir un día como delincuentes sin experiencia, herramientas o apoyo? ¿Sin miedo? Ese es el otro lado de la moneda. El de ellos si cambiasen.

Esas son algunas de las interrogantes que experimento en otros tantos lapsos de escape mental desde mi sala de clases.

Si bien no puedo responder qué hago acá, puedo decir que es en los contextos más adversos, donde se vuelve más importante nuestra labor y que, aunque son muy pocos los frutos para tanta siembra, si podemos recoger y transformar, estamos contribuyendo al cambio.

Vacaciones

J. Beraún

Estudiante

Liceo Técnico Profesional
de Adultos

Antofagasta

Llegaron las vacaciones,
cual nube efímera que sea,
triste mi corazón
se va junto a los días de curso.

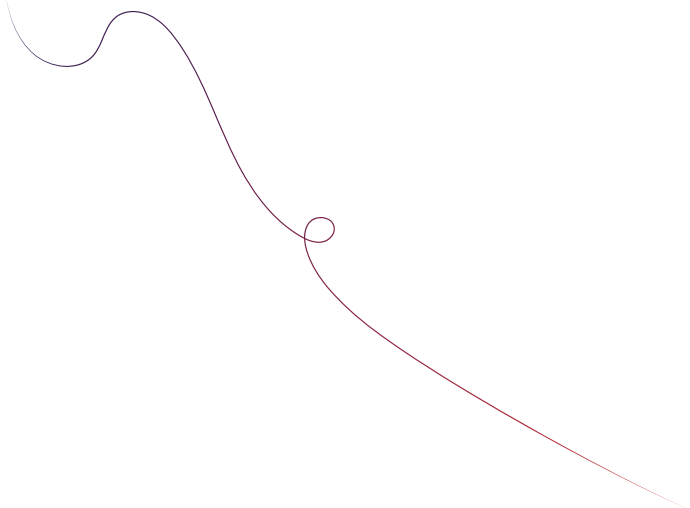
Se va la primavera,
llevándose un amigo de verdad,
llegó el verano, desde ya escuela,
te extraño.

Compañero de prisión,
libre te vas,
para marzo ya no volverás.
Mi corazón se llaga hasta la muerte.

Afirma tus pies en el sendero correcto,
que sean la lámpara en tu camino
las enseñanzas del amigo profesor.

Quedará en la sala silente
mudo testigo de la tristeza,
de cada compañero su llanto,
alegría, desesperación,
miedo y dolor.

Guardo el secreto
de este sentimiento poliforme
en la aljaba de la vida.
No te engañes,
el alma quedó cosida



en estas cuatro paredes;
amistad y solidaridad
al cielo se han subido.

¿Y dónde están las llaves de la libertad?
En poner por obra la experiencia vivida.

De cada profesor un poema,
de cada amigo un verso
y de toda la prisión, un grito: ¡libertad!



Decisiones

V. Vásquez

Estudiante

Liceo Técnico Profesional Aulas
de Esperanza

Talca

Había una vez una joven llamada Violeta Paulina, que con tan solo catorce años fue madre de una hermosa pequeña, la que traería a su vida solo felicidad. Con el pasar de los años llegó otra pequeña más que aportaría más felicidad a su vida. Años más tarde, el ansiado hombrecito llegaría a completar esa gran familia.

Desde ese momento su vida cambió: pasó de ser solo una niña a ser mujer y madre. Por esa y otras razones nunca asistió, como correspondía, al colegio a estudiar.

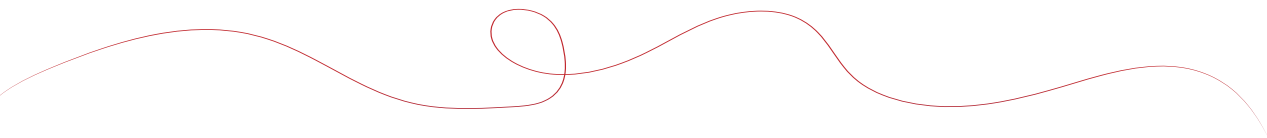
La vida de Violeta se iba en cuidar a sus hijos y trabajar para mantenerlos, siempre velando para que nunca les faltase nada.

Un día cualquiera ocurrió lo impensado para ella: un grave accidente que le ocurrió a su hijo menor cambiaría su vida por completo. El estado clínico del pequeño no era muy alentador. Los médicos aunaban fuerzas para que saliera de la gravedad y, posteriormente, pensar en la rehabilitación con ayuda de especialistas y la Teletón.

Con el transcurso de los días y meses, todos los esfuerzos económicos de la familia apuntaban a costear los

viajes entre Linares y Santiago, que -por lo demás- se hacían escasos y muchas veces tuvo que recurrir a pedir dinero prestado. Esta gran necesidad de hacer dinero lo más rápido posible la llevó a recurrir al tráfico de drogas. Claro que en ese momento esto le proporcionaba los ingresos para la rehabilitación de su pequeño. No sabía o no pudo dimensionar las consecuencias que dicho acto le traería. En poco tiempo se vio enfrentada a lo peor que le podría haber ocurrido: estar recluida en un recinto penal, debiendo pagar por los actos realizados. Esos mismos que en algún minuto le ayudaron a cumplir su objetivo, rehabilitar a su hijo.

Estando privada de libertad y con tres hijos que mantener en la calle, comenzó a trabajar en lo que fuera dentro del recinto penal. De esa manera podría hacer buena conducta y postular a los muchos beneficios que se obtienen al estar en ese sitio. Afortunadamente sabía todos los quehaceres de un hogar, llegando a hacerse cargo de la preparación de los alimentos de todas las internas y, al mismo tiempo, optar por incorporarse al colegio.



Dentro del recinto penal está el Liceo Técnico Profesional Aulas de Esperanza, que imparte educación para todas las personas que quieran y necesiten finalizar el proceso educativo. En ese momento vio la oportunidad, después de mucho tiempo, de estudiar y regularizar sus estudios. Motivada por esta iniciativa, comenzó de manera simultánea a realizar ambas actividades.

Debía comenzar a trabajar y estudiar al mismo tiempo. No fue sencillo, ya que las labores en la cocina eran de tiempo completo. Sin embargo, el liceo le proporcionaba todo el apoyo y las herramientas para poder estudiar. Una vez que conoció el mundo del saber, comprendió que de niña no pudo estudiar con normalidad, ya que presentaba dificultades en su aprendizaje. Estas nunca fueron impedimento, aunque conocía las consecuencias que le traían, hiperactividad, falta de concentración, entre otras cosas, que sola no comprendía, porque había sido cambiada de establecimiento educacional en más de una oportunidad, abandonando finalmente el colegio para hacerse cargo de otras responsabilidades. Sin embargo, y pese a todo, comprendió que podría

haber hecho muchas otras cosas para resolver su problema económico.

Una vez que se produce el reencuentro con el mundo de las letras y los números, fue una instancia para reflexionar, pero para arrepentirse... ya era un poco tarde.

Pasó el tiempo, al colegio llegó sin saber leer ni escribir; sin embargo, salió adelante y hoy, terminando su enseñanza básica, se da cuenta de lo maravilloso que es valerse por sí misma. Comprendió que los estudios le abrieron muchas puertas y ventanas.

Sin embargo, una pequeña nostalgia la invadía a ratos. Después de cinco años viviendo nuevas experiencias, en que aprendió a convivir con otras personas que se encontraban en esta misma situación, compartió momentos buenos y malos, descubrió que el compañerismo es fundamental para sobrellevar los malos tragos de la vida. Pese a todo, seguía sintiendo en su interior esa nostalgia, la que llamó su cable a tierra. Comprendió que este sentimiento la acercaba a sus hijos, la impulsaba a seguir adelante, luchando día a día para conseguir estar más cerca de ellos.

"¡Querida Vallolet!" Así le decía la profesora, esa que siempre confió en que la pequeña gran mujer lograría dejar atrás todo el dolor y el sufrimiento. En esta etapa se incorporó a estudiar Cuidados del Adulto Mayor, curso que impartía el CADES, (Centro de Capacitación) viviendo nuevas experiencias. Se las ingeniaba cada día para cumplir con todas las exigencias que el estudio le traía, contaba con lo más importante y que pasó a ser parte de su vida: "querer es poder", frase que se decía a sí misma con frecuencia. Sabía en su interior que esto la ayudaría a reinventarse y que, gracias al esfuerzo y la perseverancia, podría apoyar a sus hijos económica y académicamente. ¡Como siempre debió haber sido!

Finalmente, concluyó el curso; el certificado la acredita para trabajar, retribuir a la sociedad y realizar lo que siempre quiso: cuidar de personas discapacitadas o con algún tipo de enfermedad.

Lo que ha vivido Violeta no se puede resumir en dos ni tres palabras. Pero sabe que lo que aprendió nada ni nadie se lo podrá quitar nunca más en su vida

y que esta experiencia será la que, sin duda alguna, la llevará a la libertad que tanto anhela. También sabe que sus logros la llevarán a reunirse con sus hijos y abrazar una nueva vida.

Los compañeros

S. Rocco

Estudiante

Liceo Técnico Profesional
de Adultos

Antofagasta

El compañerismo representa la relación que hay entre personas que se ayudan mutuamente y que se entienden. Pero, por desgracia, en el ámbito de la delincuencia es muy común escuchar la palabra “compañero” asociada a personas que se unen para realizar actos delictuales, entrelazados por una fuerza maliciosa que los lleva a ayudarse en el crimen y en cualquier circunstancia que pueda acontecer. Una relación que comenzó con un fin tan negativo, difícilmente puede terminar de una buena manera, es por eso que podemos ver cómo van a parar a las cárceles estas afeitadas vidas que, aún dentro de este lugar, intentan mantener esta aparente inquebrantable lealtad.

Al estar privado de libertad, es inevitable presenciar situaciones que te trastocan y, con tristeza, puedo decir que este “compañerismo”, que prácticamente es una ley en *Lampa*, se ve quebrantado por el egoísmo y la traición que abundan dentro de la prisión.

Aunque parezca difícil en un contexto como este poder experimentar lo contrario, he podido ver con mis propios ojos cómo personas que, en la misma

condición de reos, pueden llegar a vivir en unidad, casi como si fuesen una familia, compartiendo desde alimentos, ropa y necesidades básicas, hasta el apoyo moral con palabras de aliento, animándose unos con otros y velando por el bienestar de todos.

Ellos, los que son conocidos como los “hermanos”, son los que en realidad le dan sentido a la palabra “compañero”. Movidos por la fe y el amor, han logrado brindarle a todos los encarcelados esperanza y un verdadero apoyo mutuo.

X · 50 = 18.250

Laucha

Estudiante

Liceo de Adultos

Herbert Vargas Wallis

Santiago

Era un día de verano. Se podía percibir el sonido del barrio, una radio prendida, un esmeril cortando metal. Pasos, voces, gritos, malas palabras, mentiras, ejecución de acciones con diversos fines, hábitos, comportamientos, esclavos del pensamiento. Apariencias, estilos de vida, bromas, un calor acompañado de una brisa débil; luz, colores, limpieza, suciedad, agua corriendo por culpa de un irracional que no cerró la llave de paso. Alegría, penas, angustia, desesperación, jóvenes, ancianos, personas corriendo detrás del tiempo e individuos como escamas en el desierto moviéndose por voluntad del viento... sociedad, lugar, espacio nuevamente, tiempo, vida en sí...

Eso era lo que podía percibir Hugo a través de sus sentidos. Hugo, un simio, que hace ya 28 meses estaba enjaulado en un zoológico, junto a otros 29 simios de la misma especie.

Un día estaba este simio filosofando; su mirada puesta en el cielo; el dedo pulgar de su mano izquierda sostenía su mentón al modo de Rodin, y su dedo índice tocaba la sien del lado izquierdo de su cabeza. Se acordaba

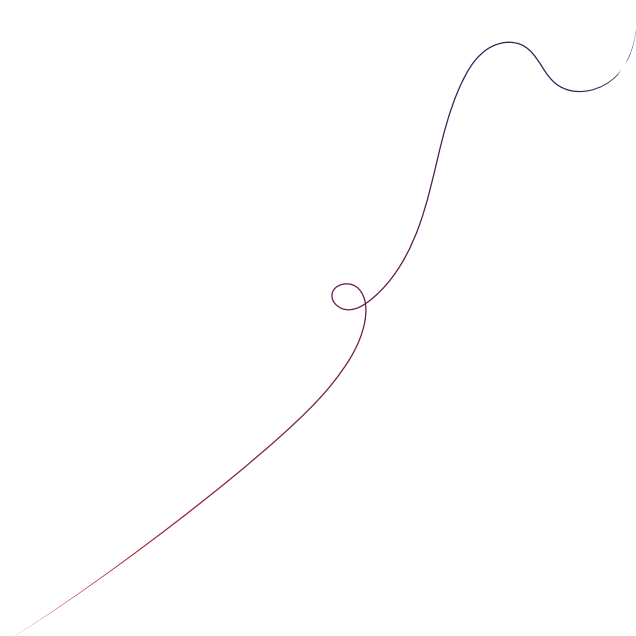
en ese momento de un viejo amigo llamado Herbert Vargas Wallis, un muchacho que había jugado un papel importante en cuanto a alimentar el alma y el pensamiento. Se preguntaba este simio "¿Cómo podría explicar la importancia del conocimiento de una manera simple?". Esta era una pregunta que Hugo respondía a una multitud de personas, haciendo referencia a la gratitud que sentía hacia su amigo Herbert por su solidaridad al entregarle conocimientos, sabiendo que no ganaba más que pérdida de tiempo tratando de enseñarle a un mono.

Se le vino una reflexión a este simio: "¿cuántas horas de conocimiento podría tener un primate, teniendo personas con disposición para enseñarle?". En su mente el simio se respondía: "si un simio se dedica a alimentarse de conocimiento 1 hora diaria, en 50 años serían 18.250 horas de conocimiento acumulado. Pero si multiplicamos por 2 o más horas, ¿cuánto conocimiento podríamos tener en toda nuestra vida, considerando la edad en que se alcanza la razón?".

Fue el choque de un maní en su frente la causa de interrupción de esa magnífica

reflexión. Era su amigo Herbert quien venía a visitarlo con el fin de poder conversar y edificar espiritualmente en este simio. Pasó un largo rato de conversación, llegando la hora en que su amigo debía despe...

Fue una humedad repentina sobre mi cuerpo la que me hizo darme cuenta de que había agua. Probablemente del vaso que sostenía mi amigo, al tiempo que me repetía inclinado sobre mí: "¡Despierta, despierta... estás soñando!".



Un relato incomprendible

Molo

Estudiante

Liceo de Adultos

Herbert Vargas Wallis

Santiago

Me encuentro entre estas cuatro paredes, incapaz de ver a aquellas personas que caminan libres por la ciudad, yendo a sus trabajos, a dejar a los niños a sus colegios. En fin, estoy privado de libertad por un delito que cometí.

Acá me he perdido y privado de muchas cosas, como la satisfacción de ver con mi hijo el resultado de su PSU, ver crecer a mis sobrinitas, Amanda y Emilia, la licenciatura de mi hija Valentina. En fin, muchas cosas positivas y lindas que solo una vez se dan en la vida.

Este es un pasaje de mi propia historia, una historia ingrata, amarga, dura: la dictadura de Pinochet.

A los trece años me encuentro jugando y con las ganas de vivir de un niño. Sin embargo, (estamos en dictadura) el color gris tiñe todos los barrios, sobre todo la población donde vivo.

Soy el mayor de tres hermanos. Vivo en una familia encabezada por mi madre Edda, mi padre Pedro, mi abuela Eliana y mi bisabuelo Leopoldo. Los mayores de mi familia eran de izquierda. Simpatizaban, como tantos en la pobla, con la Unidad

Popular. Luego del golpe, simpatizaban con la oposición al nuevo régimen.

Un día, llegando del colegio, entro a la casa. Pasan como 15 minutos y de repente me encuentro rodeado por agentes de la CNI. Los identifico por el brazalete, además, ellos se encargan de presentarse y señalarnos que nos harán algunas preguntas. Para un niño como yo, en ese momento eso fue extraño, raro. Tenso, por decir lo menos. Me preguntaron de manera muy amable, en un comienzo, por mi tío Manolo. Sin embargo, ellos no contaban con que mi ingenuidad no era tal, por el contrario, yo sabía perfectamente qué buscaban. La idea era presionar a mi tío para que se entregara.

Me trasladaron al cuartel central ubicado en General Mackenna. Estuve detenido por tres largos e infernales días. Lamentablemente, supe al tiempo que mi tío Manolo, había sido detenido el mismo día que yo, pero a las 8 de la mañana.

Pienso ahora, con la distancia que dan los años, que este suceso cambió mi vida. Me hizo madurar de golpe: nunca más sería ese niño alegre, juguetón y de fácil sonrisa. Por el contrario, en adelante andaría desconfiado y atento a todos

y todo. Estar tres días siendo torturado por personas enajenadas, que te pegan como si fueses adulto, resistir golpes de pies y puño, un fusil puesto en la sien, sin saber si lo dispararían o no... En conclusión, conocí el terror.

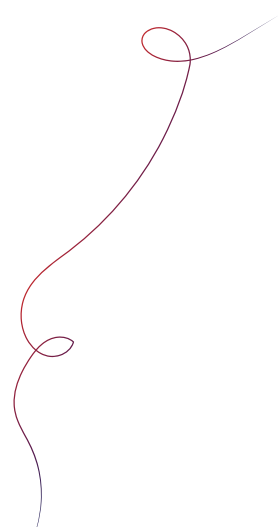
Luego, tuve que asumir que mi infancia se había marchado para siempre. Asumí roles de adulto a mis trece años. Empecé a trabajar con mi padre, que era transportista, para costear mis gastos. Pasaron los años y me casé con Cecilia, de cuya relación nacieron tres hijos. Dicha relación duró trece años y terminó mal por mi adicción a las drogas. Me separé. Estuve mucho tiempo solo, siendo una época muy tormentosa producto de mi drogadicción.

Muchas cosas pasaron por mi vida, como la muerte de mi abuelita, que prácticamente era mi madre, ya que ella me crio, pues mi madre siempre estaba enferma debido a un asma crónica. En ese momento acepté mi enfermedad y me puse en tratamiento. Sin embargo, esto no impidió mis recaídas y comencé a robar para solventar el vicio. Como consecuencia de ello caí preso y me encuentro

cumpliendo una condena de cinco años. Llevo tres.

Ahora me he dado cuenta de que estudiando he podido alejar mis fantasmas de infancia, sobre todo esa sensación de inseguridad y miedo. Me he convertido en un alumno solidario, que ayuda a sus compañeros del liceo a estudiar. Ahora soy una especie de monitor, lo cual no deja de ser una experiencia transformadora. Pasé de la violencia del narcotráfico al trabajo en una sala de clases. Sin embargo, siempre miro por sobre mi hombro cuando volteo, por si algún fantasma se asoma...

Y esta es mi historia...



El limbo, vida entre paréntesis

Úniko

Estudiante

Liceo de Adultos

Herbert Vargas Wallis

Santiago

Historia, cuento, fábula, ¿realidad o ficción? Pensemos... ¿Puedo hablar de la sociedad si ella es quien me rechaza? ¿Puedo hablar de solidaridad sabiendo que soy egoísta? Esto puede ser real o puede ser mentira. Juzgue usted.

Podemos hablar de capacidades mentales, filosóficas, estrategias, pensamientos y cálculos matemáticos. Puedo hablar de superhéroes o de gente que ayuda sin importar ideales. Me pidieron un tema específico, pero ¿por qué limitar el pensar?, ¿por qué limitar el imaginar para lograr escritura?

La imaginación fluye cuando no tiene límites, utiliza información; une y desune entre sí creando imágenes nuevas, letras se unen para convertirse en oraciones, párrafos y escritos en los cuales se logra exponer diversos temas. ¿Por qué uno y no uno en específico?

Relataré lo siguiente: existen personas que -por razones de vida- se encuentran en una realidad paralela, de la cual se especula mucho. Se habla y dicen cosas, pero pocos conocen lo que realmente sucede. Personas que viven con un peso mayor a lo normal, personas que son olvidadas con el

pasar del tiempo, que logran alivianar su carga, pero pronto aparece otra mucho peor y más pesada... Estas personas se dicen a sí mismas: "lo he tenido todo y ahora lo he perdido todo. No sé qué hacer. Ya no puedo más...".

Entonces se sienten solos, abandonados y sin esperanzas. Pero aquí actúa la solidaridad, el querer ayudar a otros. Aparecen personas dentro de una sociedad que abomina a los marginados. Estas personas creen en ellos, les brindan esperanzas, oportunidades, una realidad que antes no se les había pasado por la mente. Ofrecen un nuevo comienzo. Ahora o nunca.

¿Realmente merecemos esto? ¿Surtirá efecto ayudar a estos marginados? ¿Lograrán cumplir las expectativas de ese proyecto?

Dudas inundan este mundo. Se ve luz. Las tinieblas las quieren opacar, destruir para que no se logre el objetivo. Aun así, proseguimos y prosiguen. Sí, se puede. Luego de analizar esta forma de ayuda surgen las expectativas, nos preparan para salir y enfrentar aquella sociedad que nos rechaza. Pero no con violencia, no con resentimiento, sin echarle la culpa

de las penas, sino con autoridad. Sigo creyendo que puedo lograr mis metas.

Aquí entra el juego de la solidaridad. ¿Habrà gente que ayude a este tipo de marginados, sin importar de dónde proceden?

Se encontraràn con prejuicios, discriminaci3n. ¿Me daràn la oportunidad como otros lo hicieron? ¿Lo harà esta sociedad *liberal*?

Este es el limbo de la vida que llevo. Unos triunfan, otros fracasan. Puedes colocar estas situaciones en todos los aspectos posibles, en lo real y en la ficci3n, en historias de causas y consecuencias o en un cuento de personajes y caricaturas. La solidaridad es un hecho, pero son pocos los que llevan a cabo a la perfecci3n este sentido de humanidad.

Rápida y oscura

S. Cruz

Estudiante

Liceo Técnico Profesional
de Adultos

Antofagasta

Al desprenderme del odio de la soledad
muchos pensarán que en mi declive
amoroso y esperanzado, rimaré sin ira.

Resaltando esos cometas de sueños,
casi paralingüísticamente creados
por la liviandad de ser completamente libre.

Pero la alegría verdadera, rival de todo odio,
se consume como la vida de un poco de
hiedra africana al sol.

Y como esa hiedra
siento el rechazo de mi hijo,
sepultando lo divino que ha de ser flotar en
las aguas.

Estar con los míos, cambiar la vida...

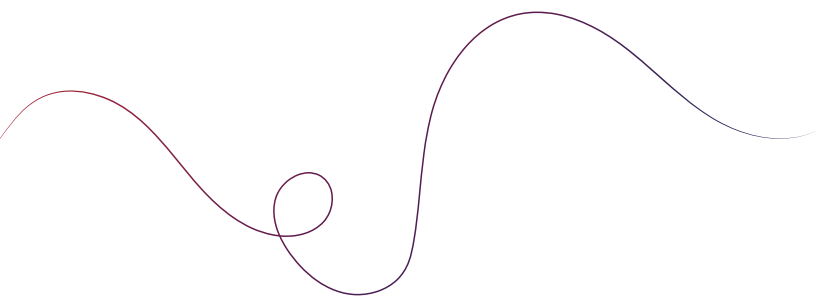
Que como significado de vida ya no tiene nada.
Su consumo como droga me ha
desenamorado.

No rogar más, no pelear más.
Son tan solo factores desprendibles de mi ira.

Pues he decidido firmemente mis pasos.
me refugio en las paredes, le temo al viento.

La libertad es tan solo la antesala de mi
próximo encierro.

La vivencia de un recuerdo,
la fuerza para proseguir el castigo.
Soy libre sin peso, sin aire.
Tan solo educado en la convicción,
convicción tras mis hechos
y la elección de mis gustos.



Nubes negras

J. Beraún

Estudiante

Liceo Técnico Profesional de Adultos

Antofagasta

Flacos, cabizbajos con la mirada vacía,
como si estuviéramos en nuestro funeral.
Nos alegramos al encontrarnos en la jaula
y nos preguntamos, "cómo estás".
Con la tristeza en nuestros ojos
"estoy bien", decimos vagamente

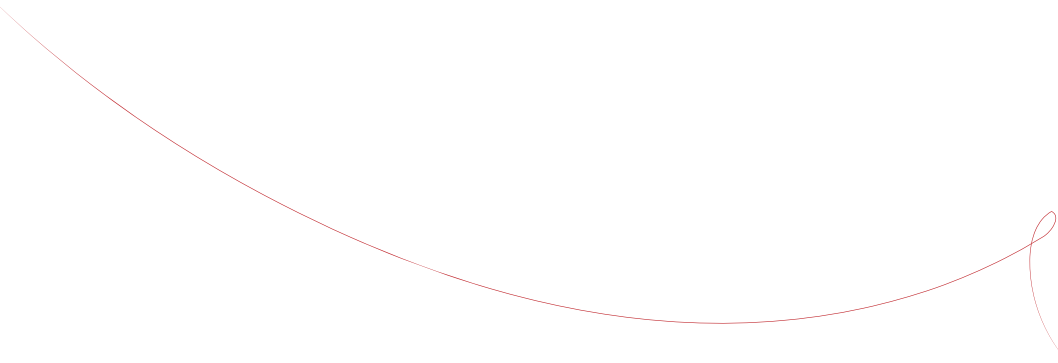
Mi corazón se estremeció al verte,
Amigo.

En su danza de la muerte
vivimos un mundo
de nubes negras; sin paz
y suplicando a la vida
"¡No me dejes!".

¿Será la funesta muerte
que nos lleva con grilletes en las manos
como dos almas al *soul*?
...Sin pensar que será del mañana...

Aun sintiéndonos angustiados,
palabras de ánimo nos damos:
"mañana es otro día,
amigo, cuídate mucho".

Sembramos el sufrimiento
queriendo cosechar la fortuna.
¿Y ahora quién calmará nuestro sufrir?
¿Quién nos dará su amor?
¡Solo Dios!



Algo maravilloso me pasó,
quiero contarte...
Desde el otro lado de la frontera
vino mi esposa, mi hija,
mis amados nietos,
y dijeron lo mucho que me aman.

Yo también los amo mucho...
¡Qué sublime es amar y ser amado!

En ese momento era libre,
libre en mi felicidad,
libre más alegría,
libre en el amor.

Escucho una voz que torturó mi corazón
"¡Terminó la visita...!".
Se esfumó mi libertad.
¡Volví a estar preso!

"Deja de llorar, amigo.
¡Los crueles e injustos
también sabemos amar!".

"Escrito está Abba, Padre,
todas las cosas
son posibles para ti.
Aparta de mí esta copa"¹.

1. Este último párrafo corresponde a Marco 14:36

Vivencias

Marta Plaza

Directora

Escuela Presidente Prieto

Talagante

En el 1996 llegué a esta Unidad Penal invitada a cantar por el director de esos años, en una graduación del Tercero Básico. En ese momento sentí que mi vocación estaba en estas paredes fétidas, oscuras y deprimentes. El objetivo era y es motivar a jóvenes, adultos, mujeres y hombres, a darle un sentido a su existencia a través de la educación, darles una herramienta para mejorar sus expectativas de futuro.

Este camino de desarrollar habilidades cognitivas, afectivas y valóricas para construir vidas, me ha hecho reflexionar día a día en estos años que, si bien es una labor reconfortante, muchas veces desmoraliza. Sin embargo, una fuerza interior, otorgada por dios, me ha impulsado a no desfallecer y ayudar a otros a valorarse, respetarse y quererse.

Recuerdo que a los varones les hacía clases en una sala que era un colectivo, entre la población penal, que es donde viven los reclusos, y el llamado a la escuela se realizaba a viva voz, directamente, sin mediar ningún protocolo, a través de una puerta que conectaba con ellos y su rutina.

Muchas veces golpeaban la puerta los que no eran estudiantes... solo para molestar.

También hacía clases a las mujeres. Pero en una situación completamente distinta. Ellas estaban al otro lado de la cárcel y les hacía clases en el patio del colectivo donde estaban recluidas. Ellas no contaban con salas y ningún espacio adecuado.

Así que ahí, a la intemperie, con frío o con calor, comenzábamos las clases contando cada una sus vivencias, que muchas veces nos hacían abrazarnos y llorar. Muchas eran historias desgarradoras, que hablaban de abusos, delincuencia, violencia, pobreza e ignorancia. La carencia más grande era la falta de cariño, negado desde la infancia. Muchas habían sido violadas por sus padres, tíos o hermanos.

Una mañana estaba con una estudiante leyendo el silabario La palabra. La joven, a medida que recorría el texto con la mirada, armaba la frase *mi mamá me ama* y me dijo: "¡Profe, estoy leyendo!". Me abrazó. Poco a poco leía un poco más y mejor. Ella estaba emocionada y lloraba de alegría. No podía creerlo. Me contó que muchas veces, cuando niña, trababa de aprender, pero no podía concentrarse porque la violencia en su casa era muy fuerte y no le permitía superarse.

El trabajo escolar se relacionaba con lo formativo, que yo contextualizaba a través de algunos libros que llegaban acerca de *El valor del trabajo*, *Quererse a sí mismo*, *La importancia de la educación* y *El significado de ser padres*. Complementaba el trabajo con talleres.

El objetivo era avanzar en la comprensión de lo que leían, en la creación de textos, en la resolución de problemas de la vida diaria, en conocer y respetar su cuerpo y su espiritualidad, para que se fueran descubriendo a sí mismas y pudieran perdonarse y perdonar a otros por el mal causado.

Me esforzaba para que los estudiantes desarrollaran habilidades sociales y emocionales, para que las heridas de sus almas fueran sanadas y pudieran seguir adelante en paz. Mi ser se dolía y cada día me proponía realizar actividades que resaltarán lo ético y lo afectivo.

Recuerdo también que en el año 2003, se me ocurrió la genial idea de juntar en clases a hombres y mujeres, para realizar un trabajo de convivencia social. Compartimos historias de vida, reflexiones y un desayuno. Sin embargo, para Gendarmería la idea no fue genial. En absoluto. Me llamaron la atención. No podía juntar hombres y mujeres porque "era peligroso". Así que pasé un mal rato. Me dijeron que hasta podían haber tenido relaciones sexuales. Y yo, sin saberlo, estaba trabajando en la línea de lo que más

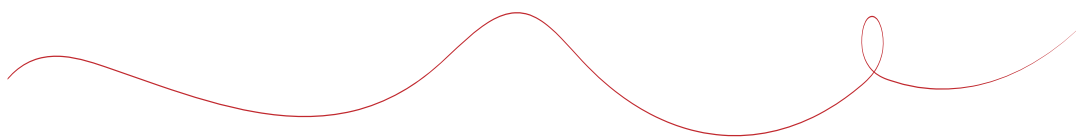
tarde se conocería como la inclusión de los estudiantes.

Me las lloré todas.

Cuando, por espacio físico, las mujeres tuvieron que ser trasladadas el año 2004, fue un momento de mucha emoción. Ellas me abrazaban y lloraban, diciendo que nunca me olvidarían, que se sentían agradecidas por toda la ayuda otorgada. Eso marcó el fin de una etapa.

Una de las cosas importantes en este trabajo fue el compartir con profesionales de Gendarmería, tales como el jefe de la unidad, la jefa del Área Técnica, el coordinador educacional, el director y profesor de la escuela de Melipilla y director de la escuela de Buin. Con ellos formamos un microcentro llamado *Mebuinta*, donde compartíamos prácticas pedagógicas y vivencias. De allí nacieron festivales y materiales de apoyo. Sin embargo, en el año 2009, se cerró la cárcel de Melipilla por intento de fuga. El nombre del microcentro ahora era *Buinta*. Luego, con el terremoto del año 2010, se cayó la cárcel de Buin y de nuestro microcentro solo quedó la sílaba "Ta" y muchos recuerdos. Al final no hubo más recursos y tuvimos que agregarnos a Santiago con las otras escuelas penales. Esto ha sido una experiencia gratificante, sobre todo por el apoyo brindado por los centros educativos.

Con el paso del tiempo crecimos. Llegamos a tener tres salas de



clases. Una de ellas, a pesar de no cumplir con las normas de espacio, era la sala de computación, cuyos equipos provenían de la Red Enlace. La Pontificia Universidad Católica (PUC), que era la institución a cargo del proyecto, flexibilizó el requerimiento considerando que era una escuela con espacios reducidos y prestados por Gendarmería. La universidad nos dio tres computadores y, con el apoyo del sostenedor, otros tres más.

Yo estaba feliz con aquella sala, que además me permitía tener una biblioteca. Los estudiantes hacían sus trabajos investigando en enciclopedias digitales, escribían textos. Además, otros internos, que no eran alumnos de la escuela, iban a leer por iniciativa personal.

Pero llegué un día y encontré que el lugar estaba vacío. Los computadores estaban apilados afuera. El jefe de unidad había reasignado aquella sala argumentando que los computadores no eran necesarios y que había otras necesidades más urgentes. Dije lo que pensaba y expresé mi dolor. Pero la realidad es que Gendarmería es la institución que administra el lugar. Otra vez me las lloré todas.

Después de lamentarme y dejar ir la amargura, tomé un nuevo impulso.

Luché por recuperar lo perdido hablando con todos los jefes y enviando mil cartas, hasta que un día el mismo jefe de unidad,

me llamó a su oficina para conversar. Estaba con el Consejero Regional (CORE). Me comunicaron que iban a realizar las gestiones para construir una escuela pequeña y que, por ahora, soportara las condiciones, porque todo mejoraría. ¡Qué alegría me dio!

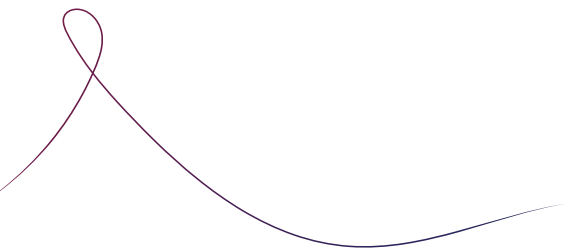
Desde entonces han pasado siete años y recién el año pasado vino el Intendente y me dijo: "directora, ¿qué le falta para construir la escuela?". Le respondí que faltaba la autorización de la Secretaría Regional Ministerial de Educación para iniciar la construcción, porque, según ellos, no cumplíamos con las normas.

Entonces, él mismo planteó que había que retomar urgentemente la idea porque era una necesidad social. En septiembre de ese mismo año comenzó la demolición de las tres pequeñas salas. Estamos próximos a inaugurar la ansiada y hermosa escuela.

(En este espacio, quisiera hacer una larga lista con el nombre de las personas que nos ayudaron a materializar esta obra, pero no la haré porque correría el riesgo de dejar a alguien fuera o alguien podría molestarse por incluirlo. GRACIAS a tod@s.)

Mis años aquí me han fortalecido emocionalmente. Me han enseñado que si la intervención en el otro no es integral, será solo un trabajo a medias, porque todo tiene que ir de la mano.

Los que vienen tienen que venir dispuestos no solo a hacer clases, sino



que también a fortalecer a los alumnos en lo social y afectivo; trabajar el alma y el cuerpo. Deben ser personas equilibradas emocionalmente... dispuestas a entregar una palabra de ayuda, a incentivar la reflexión y a orientar a quienes han quebrantado la ley, porque necesitan ser apoyados en su reingreso a la sociedad. Es necesario fortalecer su pensamiento crítico, reflexivo y analítico, para que tomen conciencia del deber de enmendar el mal causado y volver, en forma sana, a la sociedad que un día dañaron.

Imagínense, en tantos años como docente solitaria y luego directora, me acostumbré a trabajar sola y ahora tengo un equipo. No me ha sido fácil aprender a compartir el trabajo. Ahora cuento con una jefa de UTP (no con el total de las horas que quisiera... pero para allá vamos) y con un proyecto de integración educativa y su respectiva coordinadora, además de un coordinador educacional. Nos ampliamos a enseñanza media, replanteamos nuestro Proyecto Educativo Institucional. Incluso contamos con un himno creado por un *mocho* que estuvo trabajando en

nuestra escuela (gracias, don Luis N) y un estandarte, producto de un concurso interno donde la comunidad eligió aquel que mejor la representa. Todo esto para darle identidad a la escuela que, junto con el nuevo edificio, llegará a ser un establecimiento digno (el que teníamos era insostenible por el hacinamiento), tanto para docentes como para sus estudiantes.

Estoy agradecida de Dios y de todas las personas que han apoyado y apoyan la labor del docente en todas las escuelas al interior de cárceles.

Por último, una cita que me ha inspirado todos estos años:

“Una educación sin valores, por más útil que nos pueda parecer, solo hace de los hombres un demonio más inteligente”.

Charles Lewis

La última clase con "el Jimmy"

Alejandra Montoya

Profesora

Colegio Juan Luis Vives

Valparaíso

"Una mirada desde la alcantarilla puede ser una visión del mundo".

Alejandra Pizarnik

Comenzaba otro lunes de trabajo en el Módulo 105. Al ingresar, el Jimmy comentó que sería su inauguración y despedida de la clase, pues al fin saldría en libertad. Desde tempranas horas celebraba su mes noventa y seis.

El Jimmy era un ladrón santiaguino, solía robar casas del barrio alto en la capital. Durante los meses estivales, acostumbraba viajar hacia la costa y *veranear* en el balneario de Reñaca; cada febrero llegaba del litoral con un botín sustancioso que nutría los gastos del hogar y sus incurables vicios.

Hace unos días atrás, cumplió cincuenta años, más de la mitad de ellos vividos en la cárcel. A los dieciséis años debutó en las drogas y en *el oficio*. La aniquiladora *angustia pastabasera* lo ha hecho recaer una y otra vez en el delito. Es uno de tantos que pasa por la puerta giratoria de la delincuencia. Sus compañeros esperan que en esta oportunidad permanezca más tiempo en libertad,

pues durante la última *condi*¹ logró estar solo un par de semanas en la calle.

Desde el comienzo de la clase su euforia se hizo notar; hablaba más de la cuenta, mostraba sus regalos de cumpleaños al resto del curso: una polera, un reloj y unas ostentosas *catimbas*² (elemento muypreciado dentro del ambiente carcelario). Se comportaba amablemente, conducta poco habitual en él, incluso limpió el piso empapado y los muebles de la modesta sala de estudio.

Poco antes de terminar la clase, el Jimmy me llamó disimuladamente, mientras los demás alumnos terminaban de transcribir los ejercicios escritos en el pizarrón. Tenía algo escondido entre las manos, una libretita artesanal con una breve dedicatoria en su interior: "Para el Profe Proleta; con cariño de... el Jimmy". Era un regalo que le había obsequiado su pequeña hija en su cumpleaños y agregó:

"No me rechace este regalo que era mío, pero ahora es suyo. Usté' fue muy

1. Libertad condicional.

2. Zapatillas.

güeno conmigo. Nosotros lo apreciamos mucho acá; nunca le *cortamos el traje*³, ni le *pusimos música*⁴ (se rio). Yo le estoy devolviéndole la mano con este regalito, nada más. A las finales, es la última vez que lo veo, profe. No me volverá a ver en la *cana*⁵, se lo doy por firmao, profe. Profe, ¿me escuchó? ¡No me volverá a ver por acá...!".

Esta vez, el Jimmy recorrería las calles por un breve instante. Mientras estuvo en la cárcel, olvidó sus *deudas pendientes*. El compromiso inconcluso fue cobrado bajo la bruma invernal, en la esquina de un pasaje cercano a su sencilla morada. La quietud de la noche estaba ausente, los vecinos advirtieron los gritos, un par de disparos, ladridos callejeros, pasos acelerados en retirada, una silueta esfumándose rápidamente en el paisaje nocturno. Luego vinieron los llantos y lamentaciones. La mortal despedida fue en su propia ley.

"...profe, ¿me escuchó? ¡No me volverá a ver por acá...!".

Aún conservo su libretita artesanal...

3. Difamar a una persona.

4. Embaucar, engañar.

5. Cárcel.

Libertad en el encierro

Diego Castro

Profesor

Colegio Juan Luis Vives

Valparaíso

Son las 8:30 de la mañana de 2014 y he llegado a mi nuevo lugar de trabajo: Colegio Juan Luis Vives, Valparaíso, con evidentes muestras de ansiedad por comprender cómo funciona el sistema educativo penitenciario.

No sé exactamente dónde dirigirme ni con quién hablar. Solo sé que tengo que estar dispuesto a experimentar este nuevo desafío profesional, con todo el amor que le tengo a la pedagogía.

Pasa un período de tiempo pequeño y diviso a un colega que me sale a recibir para mostrar las dependencias físicas de la cárcel. Al recorrer por primera vez el lugar, lo primero que capta mi atención son unas señoras con muchas bolsas destinadas a sus familiares que se encuentran privados de libertad. Posteriormente, comprendí que eso que acababa de observar se llama *la visita* y que es un proceso en el cual los familiares visitan a sus seres queridos que se encuentran allí.

Con el transcurso del tiempo, comprendí que la actividad curricular no era lo más relevante en las clases para construir aprendizajes significativos en los alumnos, sino que hay que entender que

ellos viven una realidad completamente distinta, con códigos propios y que -en ocasiones- suele ser un factor que complejiza el proceso social y humano que involucra el acto de educar.

Al aprender esta relevancia, tuve que ir modificando el paradigma educativo con el que ingresé a trabajar, puesto que la educación en contexto de encierro involucra un mundo completamente desconocido, que se va descubriendo a través de las prácticas pedagógicas, en conversaciones con los alumnos y diálogos con los colegas. Es decir, el trabajar con seres humanos a los cuales la comunidad nunca les dio una oportunidad de poder desenvolverse satisfactoriamente, según los cánones establecidos socialmente, es una oportunidad maravillosa para descubrir que una característica importante de todo docente es aceptar la realidad del otro, puesto que, como plantea Humberto Maturana, "solo en el mutuo respeto es posible la colaboración y eso requiere escucharse, tiempo para estar y ver el mundo del otro".

Si un ser humano es capaz de comprender esta frase y llevarla a

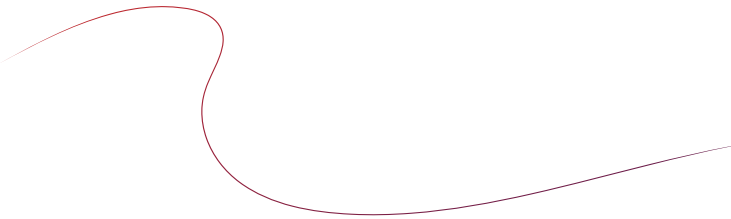
cabo en las prácticas pedagógicas con sus estudiantes, se le abre un mundo desconocido hasta entonces. Al enfrentarte a los alumnos con este trato tan poco conocido para algunos de ellos, hace que te vean como un ser humano que viene a este lugar, tan pocas veces favorable para el diario vivir. Y uno, como docente, pasa a ser una luz de esperanza en la oscuridad, que modifica, incluso, los interminables paseos diarios en un mismo lugar. En palabras de un estudiante:

“profe, venir a sus clases hace que se me pase el día muy rápido y lo mejor es que sé que estoy aprendiendo algo que me va a ayudar afuera, en la calle. Pero sabe que, la verdad, no vengo a sus clases por eso solamente, sino que también porque usted me trata como ser humano, como una persona, cosa que nunca nadie lo había hecho”.

Al escuchar esta frase en algunos alumnos se me llena el corazón de alegría y el espíritu es inmensamente feliz. Feliz por ser un granito de arena que puede aportar a que un ser humano reconozca tu labor profesional y humana.

Todo lo expuesto anteriormente, conllevó a que me hiciera un replanteo general de las metodologías de aprendizaje que me enseñó la Universidad, debido a que mi preparación fue para trabajar con niños de educación básica y no de adultos en contexto de encierro. Por lo mismo, tuve que investigar sobre cuáles son las metodologías más pertinentes para trabajar con adultos en este contexto educacional. Y ahí fue cuando entendí que el trabajo docente no puede ser aislado, sino que debe involucrar a más actores educativos en el proceso de enseñanza y aprendizaje de los estudiantes. De este modo –según el consejo de la dirección, la UTP y mi propia percepción–, trabajar en forma de codocencia genera más aprendizajes significativos en los alumnos, puesto que se establecen diferentes puntos de vista para distintas temáticas expuestas y se genera un aprendizaje aún más relevante para ellos, debido a que pueden hacer preguntas e interactuar con los docentes y con sus compañeros de clases, resultando ser ellos partícipes de su propio proceso de aprendizaje.

Un ejemplo concreto de esta metodología fue cuando se



estaba enseñando el contenido de enfermedades que se pueden ocasionar debido a una mala nutrición y un colega dialogó e interactuó con los estudiantes sobre la diabetes tipo 2 y el resultado fue maravilloso en muchos aspectos, tales como el aumento de su autoestima al comprender cómo funciona esta enfermedad y cómo se relaciona con la nutrición. A su vez, también presentaron una mejora en su rendimiento académico producto de la metodología realizada en clases.

Solo queda por mencionar que desde hace ya cuatro años que trabajo en educación en contexto de encierro y ha sido una experiencia gratificante y motivadora, tanto a nivel personal como profesional.

El peligro de trabajar en la cárcel

Evelin Maldonado

Psicopedagoga

Colegio Juan Luis Vives

Valparaíso

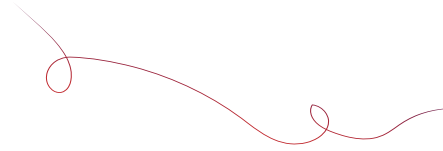
En el año 2016, fui citada a la oficina de la sostenedora para preguntarme si aceptaba trabajar en el Colegio Juan Luis Vives, el que opera dentro del Complejo Penitenciario de Valparaíso. Me propuso la idea de alfabetizar a adultos, que no podían acceder a los siguientes niveles por no saber leer. Sentí un poco de extrañeza y temor. La sostenedora captó mi sentir y me dijo: "lo más peligroso que te puede pasar es que no quieras salir más de ese medio". Acepté sin titubeos, pese a que, en los días posteriores, recreaba en mi cabeza lo que podría acontecer, basándome solo en vagas imágenes vistas por televisión sobre el mundo carcelario. Así fue como un martes 30 de marzo del tal año, partí a la ardua y valiosa tarea de llevar a cabo el proceso de alfabetización.

Una densa neblina que mojaba ese día martes, fue el escenario que me recibió. No puedo negar que en un principio sentí miedo e inseguridad al exponerme a tal contexto. Más aún cuando era mi primera experiencia a los 25 años.

Intentaba generar valentía, pero observaba lo duro que sucedía a mi alrededor y me causaba temor. Lo que por

instantes me calmaba era ver pasar tanta gente que, con una simple sonrisa y un "buenas tardes profesora", me saludaba. Me ayudaba a desarrollar seguridad. Sin embargo, también existía la otra cara de la moneda: observé pasar gente herida, apuñalada, enfermos y castigados, los que me hacían aterrizar y pensar en el lugar en el que me encontraba.

En mi primer día de trabajo conocí a mi grupo de alumnos, acompañados por un funcionario de Gendarmería. Realizaron una prueba para visualizar el nivel lector en el que se encontraban. Se presentaron con todas las ganas y motivación por superarse. Realizaron muchas preguntas acerca de la prueba. Solicitaron ayuda para escribir su nombre y apellido y, sobre todo, que les ayudara a leer las instrucciones. Quedé sorprendida. Solo pensé ¿podré con esta gran tarea? Volví a casa pensando que, a raíz de ciertas injusticias, delitos crudos, deserción escolar, falta de oportunidades, problemas familiares, entre otras situaciones, estas personas no habían accedido a una educación de calidad y, más aún, ¡no sabían leer ni escribir! Sentí tristeza, empaticé con su situación, quise estar por un segundo en su lugar,



tener una edad avanzada o ser un joven interno sin la posibilidad de descifrar códigos escritos, observar letreros, títulos, documentos, libros y no lograr entenderlos. Imaginé su mundo y la importancia de la lectura. Los miraba, pensaba en su familia y en el interés demostrado por aprender. Muchas personas me decían “quiero aprender y poder enseñarles a mis hijos o a mis nietos”.

Así estuve días, reflexionando sobre lo que había vivido. Era mi primera vez en una cárcel y tenía la gran responsabilidad de enseñar a leer a adultos privados de libertad. En el fondo de mi corazón, el anhelo de ayudarlos determinó mi motivación.

Es por ello, que cada martes que llegaba a trabajar lo hacía con más ganas que la vez anterior. Sentía la gran acogida y felicidad con que era recibida. Agradecían imágenes y el material concreto confeccionado para trabajar; seguían adecuadamente las instrucciones y las directrices de la clase. Pero lo que más me llenaba era la calidez con la que me trataban.

Transcurrieron los días. Aún me impresionaba que personas de 50

años no reconocieran las vocales, que resultara tan complejo -para muchos- asociar sonido inicial, identificar las consonantes y llevarlas al papel para escribir simples sílabas y palabras. Abandonaba la cárcel al término de mi jornada laboral y me iba reflexionando por qué resultaba tan difícil para algunos. ¿Qué hacer para que no se desmotivaran y abandonaran nuevamente sus estudios como lo hicieron alguna vez en su vida?

Era mi gran misión. Yo era ese eslabón para que alcanzasen su gran sueño.

No obstante, con el paso del tiempo se apreciaban pequeños avances. Ya escuchaba y veía leer a una minoría de alumnos.

También permanecían alumnos con dificultades de aprendizaje, con los que más tenía que entregar mi apoyo como psicopedagoga y educadora diferencial. Apoyar a aquellos que, por adversidades de la vida y dificultades de cualquier índole, debían llegar al objetivo final: leer y escribir.

Ahora bien, no puedo dejar de destacar y hoy puedo asignarle un verdadero valor, cuando un alumno agradeció el

hecho de hoy poder tomar un diario y leer algo tan simple como una noticia.

Pero no todo es lectura. Me solicitaron enfatizar la expresión oral. Algunos de mis fines de semana me dirigía a Valparaíso o Viña del Mar. Tomaba fotografías de lugares representativos para mostrárselos el día de clases. De esta forma, ellos describían las imágenes e hilaban recuerdos vividos en tales lugares. Debo rescatar que sus ojos se repletaban de lágrimas al mirar estos lugares que les resultaban tan apreciados.

Ese mismo año, la dirección del colegio me informó que se celebraría, en el mes de octubre, la *ceremonia de mi primera lectura*. Mis colegas la describieron como una ceremonia emblemática para el establecimiento. Es un acto significativo, en el cual los estudiantes muestran sus aprendizajes encaminados hacia el mundo letrado.

Deseaba crear junto a ellos algo novedoso, donde se plasmara su avance. Y así, generé junto a ellos *autobiografías*, que narraran desde su nacimiento, familia, escolaridad y el gran sueño de su vida. Fue realmente valioso que escribieran y leyeran parte de sus

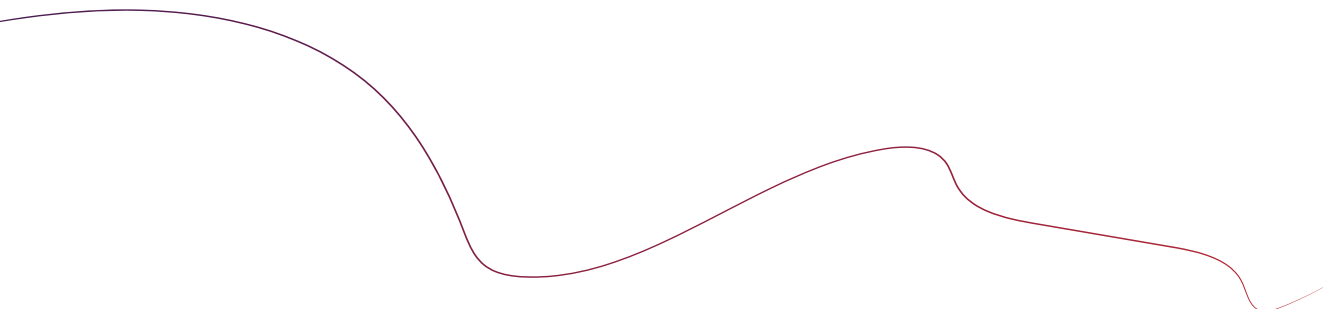
propias vidas ante un público atento y con ansias de ver lo que habían logrado: ¡leer al fin!

Este año he sido la responsable de apoyar a un nuevo grupo de alumnos en su proceso de alfabetización. Cabe destacar, que en esta oportunidad he trabajado con la metodología de Paulo Freire, utilizando palabras generadoras. Los invité a que me dijeran una palabra que significara mucho para ellos. Señalaron *familia, visita, mamá, hijos, profesores*.

¿Cómo no querer guiar a un grupo humano que me espera, con inquietud y con una sonrisa, en los fierros de la puerta de su módulo, cada día, para participar junto a otros de sus compañeros en este bello mundo de la lectura?

¿Cómo no encariñarse con las muestras de reconocimiento, en maneras y en palabras, que nacen de su corazón a modo de agradecimiento por lo que les estoy transmitiendo?

Suelo escuchar la forma en que se denigra y descalifica a los internos, pero entre mis valores está el respeto y el amor por el otro. Siguen siendo personas;



lo cometido ya está y el derecho a la educación y a un trato digno, humano, es lo que necesitan.

Cómo olvidar esas primeras uniones silábicas, esos atascos en la lectura, y que me dijeran "señorita, yo ya no estoy para estos trotes, ya estoy viejo". "Pues no, no lo estás y estamos todos en este mismo camino de la lectura. Un día decidimos emprender este vuelo y no nos detendremos".

Aquel día titubeé al aceptar dicho trabajo, hoy titubeo y me entristece el momento en que no lo haré. ¡Atesoro los más bellos recuerdos vividos en el interior de los muros! Aquellas instancias en que quería mostrar, al mundo entero, que no solo son personas privadas de libertad, aprendiendo a leer y escribir en su cuaderno y silabario húmedo y roñoso, producto de los allanamientos en su módulo. Son mis queridos y apreciados alumnos, aquellos que hacen que uno se despierte feliz y con el deseo de mostrarles lo que he preparado para la clase de hoy, entregarles un chocolate caliente en esos días de frío gélido y una muestra de afecto para quienes no reciben visitas en este ambiente tan hostil.

Continuaré este vuelo. Sin detención y sin descanso, dedicándolo siempre con amor y respeto.

Mi vocación ha sido encontrada y está aquí: enseñando a leer y escribir en un contexto de encierro. Entre barrotes y humedad. Pero creyendo firmemente que la educación es el pilar fundamental para una apropiada reinserción social y he caído en lo más peligroso: ya no quiero salir y me angustia saber que un día dejaré de ofrecerles un poco de libertad a través de la lectura.

Gracias a la vida

Jessica León

Psicóloga

Colegio Juan Luis Vives

Valparaíso

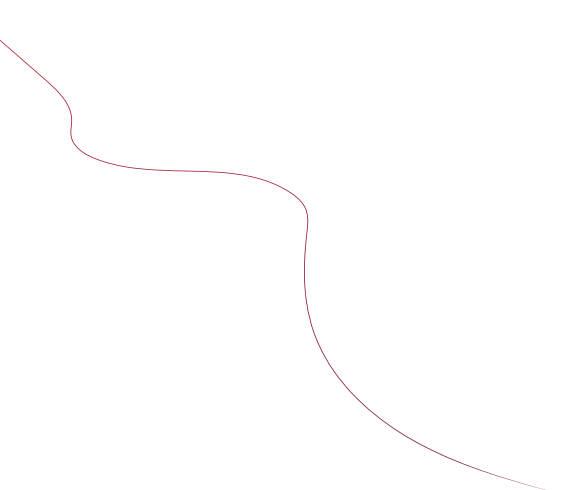
Cierro mis ojos y recuerdo vívidamente mi primer día en el Complejo Penitenciario. Fue a principios del mes de agosto de este año. La noche anterior había estado ansiosa, con muchas dudas, temores y los pensamientos se arremolinaban en mi cabeza... siendo mi principal preocupación saber si podría adaptarme al lugar. ¿Cumpliría con el perfil para entregar lo mejor de mí en un contexto de encierro?

La sostenedora, confiada en mi trabajo que, como psicóloga, había realizado en el Colegio Juan Luis Vives, del medio libre, me presentaba otro desafío. Y así llegue a la entrada del Complejo, donde había un gendarme que me pidió esperar por algún momento, mientras verificaba mi identidad. Una vez adentro, mi corazón saltaba a mil por hora mientras subía las escalas para llegar a la recepción, donde me preguntaron a qué colegio iba y si llevaba celular... La verdad es que estaba muy impresionada, preocupada y alerta. Sentía que me estaba desconectando de mi mundo, conocido y seguro, para ingresar a otro, del cual no tenía referencias... y este paso me producía algo de temor.

A medida que caminaba, pude observar los edificios con sus vidrios rotos... las ropas anudadas y colgando. Sentí mucha tristeza y que se me apretaba el corazón, pero seguía avanzando... Cuán grande sería mi sorpresa al ver que todos los internos con los que me encontraba me saludaban amablemente y me decía "buenos días, profesora", con una gran sonrisa.

Lo mismo sucedió cuando llegué a la sala de profesores, el primer saludo fue el del *mozo* del colegio, Roberto, quien amablemente me preguntó si necesitaba algo. Posteriormente, el director y los profesores me acogieron y me dieron la bienvenida. A esa altura, gran parte de mis aprensiones se habían ido y me sentía más relajada y tranquila.

A medida que iba conociendo a los internos, ingresando a los módulos, observando sus dinámicas, me fui sintiendo cada vez mejor, más conectada con todos, más confiada. Soy psicóloga, y mi labor estaba orientada a desarrollar habilidades cognitivas en algunos de ellos, un grupo reducido, porque solo iba dos días a la semana. Pero poco a poco me fui



dando cuenta que además de trabajar en atención, concentración y memoria, podía apoyar a los psicopedagogos en lo que era alfabetización, con algunos alumnos a los que les costaba mucho aprender las letras y estaban quedando muy atrasados.

Esta labor me encantó y descubrí algo nuevo en mí, que no sabía que existía, una nueva habilidad, que era la de enseñar.

Me sentía motivada y vibraba con cada avance de los alumnos, sobre todo, cuando me preguntaban con una gran sonrisa: "¿lo estoy haciendo bien, profesora?", o cuando con gran esfuerzo lograban juntar dos sílabas y sus ojitos brillaban. En esos momentos me invadía una gran emoción.

La misma emoción sentí al presenciar un hecho que para mí fue muy importante, el momento en que, a Roberto, nuestro mozo, le dieron la noticia de que salía en libertad. Recuerdo su mirada, sus ojos, estaba pálido. Se notaba en su interior un cúmulo de emociones encontradas. Me sentí bendecida al asistir a un momento tan relevante, íntimo y significativo. Pude apreciar el lazo de cariño y respeto que nace

entre profesores y alumnos. Todos estábamos preocupados por apoyarlo y en unos pocos minutos organizamos una despedida, con lágrimas de alegría, consejos y buenos deseos para la nueva vida que iba a emprender.

Otro evento relevante en el que pude participar fue la *Ceremonia de la Primera Lectura*, cuyo tema fue la vida y obra de la cantautora Violeta Parra. Desde el inicio, los alumnos se sintieron muy comprometidos y motivados por mostrar sus avances y apoyar al colegio. Se esforzaron al máximo por lograr las metas y que todo saliera perfecto. Durante días, en compañía de los profesores, los alumnos pintaron, elaboraron flores de papel para adornar las paredes, se memorizaron las canciones o leyeron los textos. Fueron momentos muy emocionantes y gratificantes, momentos en que el corazón se impregna de una paz y una alegría incomparables y en los cuales tú dices "gracias a la vida que me ha dado tanto".

Mi pasantía en "Canadá"

José Antonio Romero

Profesor

Colegio Juan Luis Vives

Valparaíso

La experiencia obtenida durante este breve trayecto de cinco años, como docente de la asignatura de inglés en el Colegio Juan Luis Vives, dentro del Complejo Penitenciario de Valparaíso, ha sido un viaje en el cual he obtenido diversas experiencias, sorpresas, alegrías, penas y aprendizajes. Sobre todo, me ha entregado un enfoque nuevo respecto del concepto de amor.

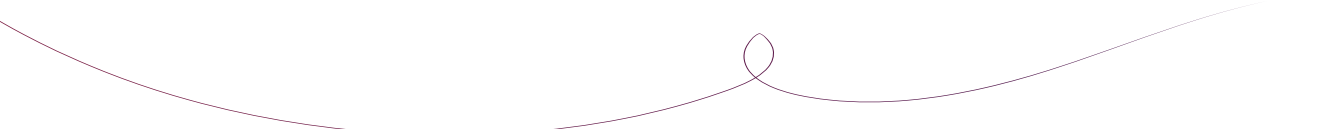
Sorpresas, puesto que antes de poner el pie dentro del Complejo, desconocía por completo la cruda realidad que en este se vivencia. El hecho de entrar con seguridad y convicción me ayudó a desenvolverse entre sus pasillos, de manera óptima y calmada, logrando apreciar qué cosas buenas ocurrían dentro de aquel recinto: luces de esperanza en ciertas actitudes, como el saludo de internos desconocidos, quienes solo con el hecho de ver una credencial de identificación ya mostraban un respeto incondicional, sin siquiera saber quién era este nuevo profesor.

Alegrías, pues cada logro de un alumno en su vida personal se vive como uno propio. Es tal el nivel de afecto y cariño

que uno puede llegar a sentir con un alumno, o un grupo de ellos, que sus alegrías pasan a ser las tuyas. Así como tus penas las de él. Considero que:

si una persona se levanta, a la fuerza, a las 5:30 a.m.
para tomar un desayuno que no eligió,
para bañarse con agua fría,
conviviendo en una pieza minúscula, con gente con la que él no pidió convivir,
para salir al patio a completar la misma rutina que lleva mil días haciendo,
escuchando los problemas que tiene su familia en la calle y no puede hacer absolutamente nada,
que muchas veces recibe malos tratos, que tiene conflicto con otros internos...

Y, aun así, aquella persona te pregunta con una expresión de pena: "¿cómo está su hijo?". Te rompe, te destroza el alma el hecho de que con miles de problemas y una infinidad de cosas en que pensar, guarde en su interior algo de preocupación por alguien con quien no convive, que no es su amigo, ni familiar. Con quien solamente se generó un lazo afectivo a través de un arma tan poderosa como es la relación educativa y el respeto que conlleva su



construcción, tanto dentro como fuera del aula.

Penas, cada vez que veo que un alumno o exalumno pierde un familiar y le notifican en un trozo de papel, hecho ante el cual no puede hacer nada, ni siquiera asistir a su funeral. Esa noche se le convierte en una noche de llanto y se acumula una cantidad inmedible de rabia. O cuando un alumno,

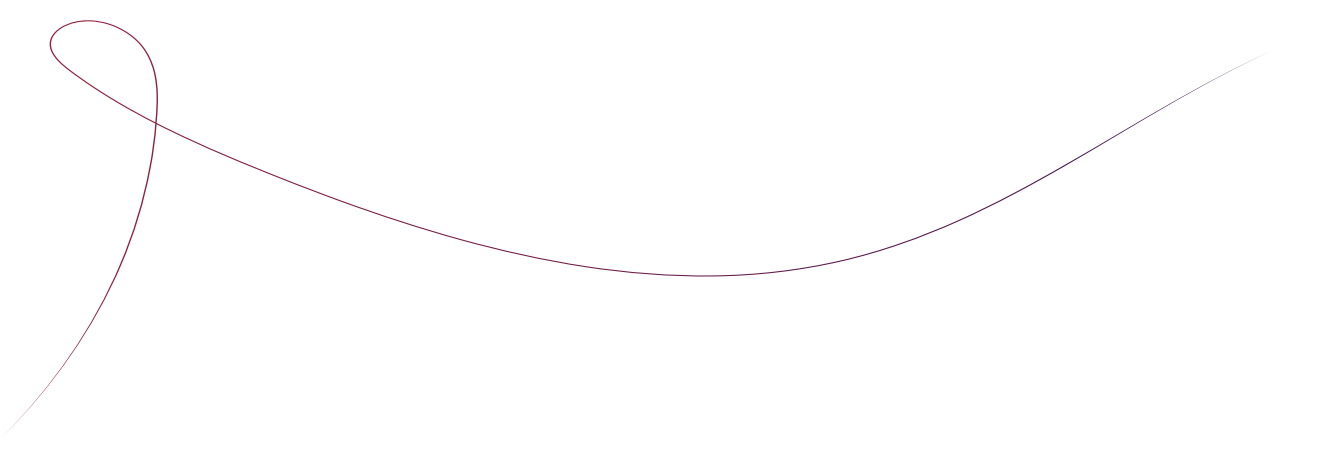
aquel que tenía buenísimas calificaciones, que asistía de manera regular a las distintas asignaturas, que tenía buen trato con sus compañeros y con su profesor,

... se va en libertad solo para volver en un par de meses, o incluso semanas, con una mezcla de pena y vergüenza en su mirada. O cuando vemos que se le está tratando injustamente, negándole un derecho o simplemente con ataques físicos y no poder hacer absolutamente nada que comprometa nuestro desempeño en la institución.

Penas por la partida de un familiar, no propio ni del alumno, sino que de un colega. Tenemos un espacio tan reducido para un gran número de

personas, debido a la infraestructura del Complejo Penitenciario. Resulta prácticamente imposible evadirse de la interacción. Hace que se generen lazos de confianza y muestras de cariño. Dudo que se generen con la misma intensidad en algún otro trabajo. Cuando uno de nosotros sufre, todos lo hacemos con él. No por el hecho de que sea un colega, sino más bien porque nos tenemos tanto cariño, que nos afecta su dolor.

Aprendizajes, si bien uno es el docente que genera el aprendizaje, entrega herramientas y los guía en su camino para alcanzarlo, en ocasiones somos nosotros los que aprendemos de ellos. Acumulamos un alto nivel de problemas personales que a veces afectan nuestro desempeño en el aula... Pero basta ver tan solo a una persona condenada a cadena perpetua, o quizás a 30, 20 o 10 años –quien no verá crecer a sus hijos... se perderá los cálidos abrazos en las festividades, los asados con los amigos, donde se habla de todo y de nada a la vez–, que te saluda a primera hora con una sonrisa de oreja a oreja, que camina con actitud positiva y la derrocha entre todas las personas con las cuales se topa en su limitado y estrecho andar,



para darnos cuenta de que lo tenemos todo y ¡nos ahogamos en un vaso de agua! Sin embargo, esa persona, la misma que para la sociedad ya no vale nada... ya no le significa ningún aporte, en segundos y con un solo gesto, da una cátedra sobre cómo vivir la vida.

Amor, con este sentimiento, una persona calificada como *muy peligrosa, de alto compromiso delictual* y que *no es considerado apto para salir*, puede transformarse en un niño de diez años, que lo único que pide -de manera indirecta- es un poco de cariño y de amor. Con este sentimiento hasta la coraza más dura, hasta el más *choro* abre su corazón y se muestra tal cual es y es capaz de demostrar lo importante que eres para él y cuánto te estima, te respeta o te admira.

El amor a la familia, en especial a los padres, es algo que nunca había vivenciado de manera tan directa. Siempre me ha resultado difícil ver a señoras mayores...

con problemas al andar,
con señales de cansancio abrumador,
subir las interminables escalas,

pasando por los variados controles, cargando bolsas que contienen todo tipo de alimentos o cosas de primera necesidad, difícilmente sostenidas por sus cansadas manos, ingresar sagradamente una o dos veces a la semana para ver a su hijo, el que cometió un error, del cual está sumamente consciente.

Él lo sabe. La sociedad lo sabe. Ella también lo sabe. Sin embargo, es su madre y nunca le fallará.

Muchas veces dejamos de hablar con nuestros padres o nos molestamos por cosas que no tienen mayor sentido. Sin embargo, al presenciar el amor incondicional que se refleja en los escasos minutos que dura la visita de la madre al hijo y en la cara de tristeza del interno al ver cómo su madre se marcha, por las mismas escalas que apenas pudo subir un par de horas antes, te hace reflexionar sobre la importancia de cuidar todos los días ese pilar tan fundamental en tu vida, como es la familia. Te recuerda que todos los días es una oportunidad para decirles cuánto los amas y cuán necesarios son para ti. Cada día es una oportunidad

para cultivar ese amor que en cualquier momento... se puede ir.

Desempeñarme como docente ha sido una mezcla enorme de emociones, que van desde alegrías a penas en un par de segundos. Muchas veces ocurren en un mismo día. Es en ese preciso momento, cuando te das cuenta de lo hermoso que es ser profesor. De lo valioso que eres para tus alumnos aquí más que en cualquier otro colegio.

Te das cuenta de la magia que ocurre en las aulas del Complejo Penitenciario, donde los *reos*, o *inadaptados sociales* para algunos, son personas que merecen tu esfuerzo y tu compromiso, porque si fueron capaces de salir del módulo treinta, a pesar de que hace mucho frío, que no tienen polerones ni ropa medianamente abrigada, es porque tu clase les aporta algo valioso... es porque sienten que eres alguien importante en esta etapa de su vida. A veces basta solo una frase, así salga de nuestra boca o plumón, para cambiar su forma de enfrentar la vida.

Por esto trabajo como docente en el Colegio Juan Luis Vives, del Complejo Penitenciario de Valparaíso. Es para

mí una experiencia maravillosa que recomendaría a todos mis colegas, porque aquí se vive la pedagogía como realmente debe ser: integral, sin importar de dónde provenga el alumno ni cuál es su historia pasada. Importa el presente, el aquí y el ahora.

Entre los “chumangos”

Juan Ignacio Gil

Profesor

Colegio Juan Luis Vives

Valparaíso

Por supuesto que ese día hacía frío. Allí cada día te hiela la sangre. No es solo la baja temperatura ni la neblina que moja casi tanto como una torrencial lluvia. Es ese aire de desesperanza el que inunda el ambiente. Pero ni ellos ni yo pensamos mucho en esas cosas. Porque para nosotros todo transcurre en una insípida rutina, entre clase y clase, entre unidades pedagógicas de una lejana historia que, aun siendo nuestra, se presenta ajena.

Intento enseñar el ejemplo de una forma de vida alternativa con los indios anteriores al período hispánico, entretener con las aventuras y desventuras de los conquistadores y de los próceres de la independencia, que sientan algo frente a la forma de vida rural del Siglo XIX, que odien el autoritarismo de Portales y amen el liberalismo de Bilbao, que rompan con el nacionalismo chovinista con que se ven las confrontaciones de Chile con sus enemigos.

Y en esto estaba, con la unidad Configuración del Territorio Nacional, explicando la fundación y ocupación de Punta Arenas, cuando un alumno levanta

la mano para hacer una pregunta. Esperaba las típicas: ¿le debo algo?, ¿cómo voy con las notas?, ¿usted va al Tribunal de Conducta?, ¿hasta qué hora es la clase?

Esta vez algo fue diferente: ¿por qué a los de Punta Arenas les dicen *chumangos*?, interrogó el curioso estudiante. ¡Punta Arenas! ¡Justo de lo que estaba hablando! ¡La pregunta sobre el *chumango*! Pero..., ¿qué diablos era un *chumango*? Prometí una respuesta para la clase siguiente.

Más allá de estos muros, “la calle” era la tierra de la oportunidad, la del acceso a la familia, a la entretención, a los bienes materiales, a la información. Ahora, a saber qué era un *chumango*. Lo que en otro tiempo habría requerido una ardua investigación en una biblioteca, hoy estaba a un clic de distancia.

Diccionariochileno.com me dio la respuesta que buscaba: El *chumango* es “ave de rapiña que habita el sur de Chile. En Magallanes se les dice *chumangos* a los que han llegado del norte a rapiñar o aprovecharse, es un término despectivo. En el norte se les dice *chumangos* a los magallánicos, pero sin ser un término

despectivo pues se ignora su real significado”.

Llegó el día esperado y allí estaba. Una cara impávida entre tantas. No hubo cobro de promesa, pero aun así hubo pago.

Le conté lo que había investigado y algo cambió en el frío del lugar al iluminarse su rostro.

¿Por qué?

¿Por saber lo que era un *chumango*?

Debía haber algo más. Quizás, una historia de promesas incumplidas, de un padre ausente, de una escuela primaria que lo expulsó por no ser apto, de una sociedad indiferente.

Una luz de esperanza se asomaba para él y para mí entre medio de una bandada de *chumangos*.

Mirada tras las rejas

Rigoberto Loyola

Profesor

Colegio Juan Luis Vives

Valparaíso

Gracias a un ex colega llegué a mi entrevista de trabajo en el Colegio Juan Luis Vives, de Valparaíso, que trabaja atendiendo a los internos del Complejo Penitenciario. La sostenedora me ofreció realizar clases en agosto del año 2011, para cubrir unas pocas horas.

Desde ese momento, llevo seis años desempeñándome como Profesor de Educación General Básica. La primera vez, al ingresar al Complejo Penitenciario, fue con un poco de temor. ¡Tantos funcionarios, tantos internos! El lugar físico... y los módulos, que son los lugares donde habitan los internos. Sin embargo, lo más impactante fue el hacinamiento. ¡Tantos internos en tan pocos metros cuadrados! Además de la suciedad y las enfermedades al interior del recinto penal.

No obstante, la experiencia ha sido maravillosa y totalmente diferente a la anterior. Son tantos los sentimientos contenidos que es difícil reflejarlos en un papel. La primera vez que llegué al Complejo Penitenciario fue complicada; pero a medida que pasa el tiempo ha sido diferente.

Lo más hermoso que me ha tocado vivir han sido las alegrías y las he

pasado muchas veces. También penas por los testimonios que me relatan los alumnos, sus reflexiones, sus vivencias familiares y personales. Uno aprende que trabajar en un lugar así no es como se cuenta en la televisión o como las otras personas comentan.

Lo más impactante ha sido trabajar con personas mayores de edad, quienes no reconocen letras, personas analfabetas. No hay palabras para explicar la sensación y la emoción de una clase con mis taititas. Es estimulante y más cuando consiguen leer una palabra. Se alegran al comprender y entender algo nuevo.

Una forma de estimularlos para que asistan a clases es empezar las actividades con algo calentito como un té, a veces chocolate en las mañanas, cuando hace frío. Son felices y están más dispuestos a aprender.

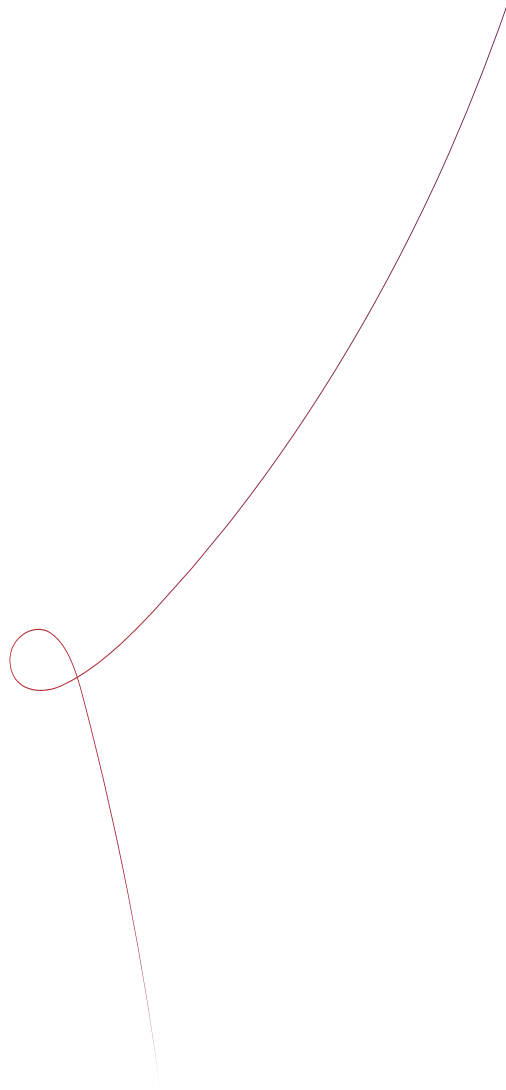
La Ceremonia *Mi primera lectura*, lleva años realizándose en el colegio, con los alumnos de Primer Nivel Básico y su objetivo es la creación y confección escrita de mensajes significativos. Se trata de plasmar por escrito sus emociones como primer acercamiento a la lecto-escritura y al mundo letrado.

Es una sentida ceremonia frente a autoridades y familia.

Doy las gracias a dios por darme la oportunidad de trabajar en un lugar como este. Lugar donde uno, aparte de ser profesor, debe cumplir diversas funciones: saber escuchar, saber dar el consejo preciso y comprender sus estados de ánimo, que varían según diversas situaciones y circunstancias. Pero un buen consejo los tranquiliza y los ayuda en ese difícil momento de vivir con una condena y privados de libertad.

Sin embargo, lejos, el mayor gozo es, sin duda, encontrar a exalumnos en la calle después de haber cumplido su condena. Saludan con alegría, como si fuéramos personas con las cuales han compartido toda su vida. Esa sensación es increíble.

Es una alegría inmensa ver cómo surgen después de haber estado tanto tiempo dentro del Complejo Penitenciario y saber que muchos ya podrán leer el aviso del bus, la noticia en el diario, las ofertas comerciales y desenvolverse mejor en la vida cotidiana... Con esto siento mi trabajo compensado.



Más allá de la educación

Yassmin Dapik

Profesora

Colegio Juan Luis Vives

Valparaíso

Miro por la ventana y otra vez está llovisnando. Sin duda, estará frío y las salas estarán llenas de personas, a quienes no les importará demasiado de qué tratará la clase de hoy. Más bien se refugiarán del frío y la humedad.

Cada día trae sus por qué y para qué. Así es como lo siento. Me propongo camino al trabajo que esas preguntas sean respondidas al final de la jornada. Casi siempre son contestadas de la misma forma (sé que el dinero es necesario), pero mis respuestas van casi siempre más allá de eso.

Llego a la sala de clases y preparo la pizarra con la información que este día me propongo entregar. Todo está dispuesto. Aún hace frío y la llovizna cada vez es más tupida. Comienzan a llegar los alumnos de a poco. Sin embargo, me doy cuenta de que sus caras reflejan un estado de ánimo bajo; se sientan, viene el saludo y la pregunta de rigor, ¿cómo están? Las respuestas no tardan en llegar. Cada cual con una que va confirmando lo que había percibido a través de sus rostros:

“Mal. Fome. Chatos. ¡Sa’e profe, vinimos solo por salir del módulo! ¡Nos reventaron

y toda la mañana nos tuvieron sentados en el patio, sin poder movernos y destruyendo todo! ¡Estamos toos mojados! ¡Hoy se fueron al chanco!”.

Mientras escuchaba sus respuestas los observaba. En sus rostros notaba su dolor e impotencia. Ellos están en un rango de edad que va desde los 25 hasta los 70 años más o menos. La verdad es que eso es irrelevante, pues a cualquier edad se sufre. Me fijo especialmente en un joven que no ha pronunciado palabra. No necesita decir nada porque su cuerpo y su rostro lo dice todo: dolor. Solo eso, dolor.

¿Qué decir?, ¿cómo lograr algún aprendizaje en estas circunstancias?, ¿cómo ser una contención para ellos en momentos como estos?

Ingenuamente les propongo que aprovechemos para avanzar un poco en los contenidos preparados para el día de hoy. Sin negarse, comienzan a poner atención a mis palabras y a lo que está escrito en la pizarra.

A los pocos minutos de haber comenzado la clase, me doy cuenta de que escriben solo por escribir. Por



cumplir, pero no hay aprendizaje en ellos, ni concentración en lo que les digo. Los miro y mi estómago se aprieta al venir a mi mente una idea que me parece que puede ser algo mucho más valioso para ellos. Algo que nunca había llevado a cabo. No sabía cómo reaccionarían a la petición que les haría. ¿Y si hago el ridículo? Si no hay respuesta positiva mi recurso de contención se va “a las pailas” y ya no habría nada más que hacer.

Recordé lo que siempre se nos dice: hay que partir de los intereses del adulto, de su necesidad... y decidí:

“Chiquillos, les quiero proponer algo, porque los contenidos de la clase de hoy no son los más adecuados en este momento para ustedes”.

En seguida vinieron los comentarios:

“Sí, profe, estamos en otra, en que tenemos que llegar a ordenar y limpiar el desastre que habrá en nuestras piezas”.

“Lo que les quiero proponer requiere que dejen sus prejuicios y sus pensamientos sobre qué va a pensar el otro de ustedes. Esto les ayudará a estar mejor. Por favor, permítanme y permítanse este instante y esta experiencia. Entonces,

dejen sus lápices, cuadernos y pónganse cómodos. Lo que haré, si me lo permiten, es una técnica de relajación”.

Todos se miraron y sonrieron de forma incrédula. Algunos dijeron:

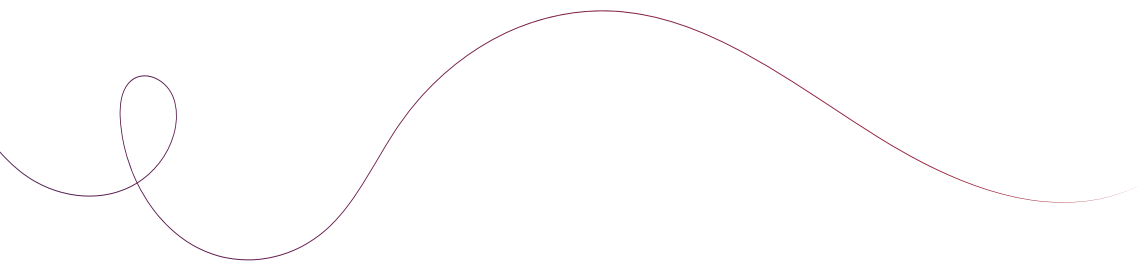
“Bueno, profe”.

Comienzo a dar las instrucciones, mientras cada uno cierra sus ojos, se ponen cómodos. De vez en cuando alguno mira a su compañero para ver si está haciendo lo que voy ordenando. Al ver que el compañero está con sus ojos cerrados y entrando en un estado de confort, también el indeciso entra en ese estado sin ya importar lo que el otro hace. Sigo llevándolos a un estado cada vez más relajado y percibo en ellos un cambio de expresión: sus ceños fruncidos pasan a estar más relajados y sus cuerpos ya no tienen la dureza que en un comienzo se notaba en ellos.

Después de 15 a 20 minutos termino la práctica. De a poco van abriendo sus ojos y se incorporan. Luego, viene la pregunta de rigor:

¿Cómo se sienten?

Mucho mejor profe. Esto nunca lo habíamos experimentado. Nadie se



había preocupado por nosotros de esta forma. Gracias”.

Fue un “gracias” que más que hacerme sentir halagada me hizo pensar en agradecer yo a ellos, por la oportunidad de darle un significado más profundo a mi labor.

Termina la clase. Dejo que se retiren a su módulo. Al salir, cada uno de ellos se acerca a despedirse con un beso en la mejilla y más de uno con un abrazo, de esos abrazos que te dicen que este día ha sido especial, que la significancia de la educación no es solamente la entrega de contenidos, que va más allá de todo eso. Va hacia el entendimiento de la vida humana y sus distintas dimensiones.

Hoy, como casi todos los días, existe una respuesta a mis preguntas:

¿Por qué la vida te entrega regalos tan valiosos, como es darte la oportunidad de trabajar en un lugar que te enseña más de la vida y de las personas que cualquier otro en el cual haya estado?

¿Por qué te permite desarrollarte en más dimensiones humanas que las estrictamente pedagógicas? ¿Por qué hay aprendizajes que tus alumnos te

dan sin siquiera saber que ellos, en sus circunstancias, te enseñan el valor de tantas cosas como el de la libertad, el compañerismo, el respeto, el afrontar cada día con algo más que optimismo o resignación?

¿Para qué?

Para aprender a ser más humilde en la vida, para comprender que las circunstancias de mi vida y las del otro se pueden sobrellevar siempre de mejor manera, en vez de estar siempre reclamando por minucias, para que entendamos que la compasión es algo que debemos cultivar siempre sin importar hacia quién. Y tantas otras cosas más que, en realidad, cada cual, dentro de sus propias verdades, sabrá darles significado.

Para quien lea este relato le quisiera dejar esta pequeña reflexión:

Si hoy no fuiste a ver a nadie a un hospital, si no murió nadie de tu familia, si tienes un techo, comida, trabajo y salud; si tienes alguien que se preocupa por ti y no has tenido que visitar a nadie en una cárcel: créeme, tienes una vida privilegiada. No la malgastes en reclamos que no te llevan a ninguna parte. Aprovecha cada instante en tu crecimiento y sé feliz.

Aceite de día y luciérnagas de noche

G. Mansilla

Estudiante

Liceo Rebeca Olivares Benítez

Colina

Caminar de día por mi barrio es raro,
porque la mayoría de las personas
caminan por sus calles perdidas y
deambulando en sus pensamientos,
buscando algún objeto perdido entre sus
ropas o botado en el suelo... Raro.

Muchos de ellos perdieron su norte,
y sus rostros... inexpresivos, inertes
a la realidad que los rodea. El sol en
su máxima expresión revela la cruda
realidad de un barrio. Mi barrio, sumido
en la desgracia.

Pero al caer la noche la cosa cambia...

¿Un carnaval o una procesión religiosa?

A lo lejos se divisan fulgores que prenden
y apagan, señales para muchos y tan
solo luciérnagas para otros... y para mí,
amigo mío... la ruina de mi barrio.

Kafka transgénero

R. Pinochet

Estudiante

Liceo Rebeca Olivares Benítez

Colina

La lluvia pareció arreciar, golpeando los ventanales con fuerza. De pronto, un relámpago iluminó la habitación y el trueno sonó como un cañonazo.

¡¡Boooooom!!

“¡Así no se puede dormir!” pensó Pedro en voz alta. Inquieto se movía en la cama cambiando de posición a cada momento.

“¡Mejor me levanto!” dijo, incorporándose. Pero su sorpresa fue mayúscula al ver sus pies y uñas pintadas de color rojo furioso.

“¡Qué pasa!, ¡qué broma es esta!” exclamó.

Su mirada descendió y vio sus piernas pálidas, brillantes y depiladas. Sus manos se dirigieron a la zona púbica y lo que palpó le hizo dar un salto que por poco lo hace caer de la cama. ¡No tenía sus genitales! Mientras se tocaba buscando desesperadamente sus órganos, notó que dos colinas emergían de su otrora velludo pecho: ¡dos senos se erguían orgullosos!

“¡No puede ser! ¡Tiene que ser una pesadilla!” exclamó. Se pellizcó fuertemente y el dolor le provocó un grito agudo, que lo sobresaltó.

“¿Qué cresta pasa? ¿Qué es esto?”.

Abrumado, anonadado, su mente quedó en blanco. Solo sentía su corazón que latía con fuerza. Trató de calmarse y de pensar fríamente. No podía. Ver esos senos y su pubis sin sus órganos genitales de siempre era un *shock* tremendo.

–¡No puede ser!, ¡no puede ser!– repetía desesperado. Quedó impactado durante largo tiempo, con la mente en blanco. Lentamente las cosas se fueron aclarando hasta recordar un incidente en un Congreso sobre Minorías Sexuales y SIDA, en Brasil.

Allí se trenzó en una fuerte discusión con representantes del Movilh a causa de sus críticas por la falta de cuidado de l@s travestis que ejercían el comercio sexual en las calles de Santiago.

Y esto, a pesar de las advertencias de que evitara polémicas con los transgéneros en Brasil, porque muchos tenían de amigos a poderosos brujos del vudú sudamericano.

“¡Esos tienen que haber sido! ¡Solo a la magia negra puede deberse esto!” concluyó.

¿Qué haría? ¿Dónde estaban sus genitales? ¿Los podría volver a reimplantar?

Abrumado... pensaba... pensaba... hasta que perdió el sentido y la inconsciencia lo inundó.

¿Por cuánto tiempo?

¿Convendría despertar como transexual o sería mejor seguir así, como en la nada, como en suspensión temporal?

¿O debía aceptar esa condición antinatural?

¿Qué haría usted en esa situación, amigo mío?

Un viaje largo...

DAB

Estudiante

FIDE XII

Punta Arenas

Bueno, aquí empieza mi experiencia de vida. Un viaje largo, pero con un fin sin salida.

Consumía para salir de la realidad, sin pensar en mi familia.

Me junté con un amigo y empezamos a delinquir, ganando los pesos a la mala para vivir. Me arrestó la PDI. Largo prontuario. Cuando era chico robar era rutinario. Cuarta vez a la cárcel de menores y mi hermano pierde la fe, pero los amigos están para pasarlo bien.

¿Pero en los peores momentos?... ¿Te vienen a ver?

Me pongo a pensar en el porqué de mis actos. Me arrepiento. Pienso en mi familia. Valoro todo. Hasta lo más pequeño. Ver los pájaros volar. Reír. Llorar. Soñar. Un pequeño espacio para reflexionar.

Me conformo pensando que estas cosas a cualquiera le pueden pasar. El apoyo de los tíos y tías hace más corto el proceso. Pero a veces, conflictos en exceso.

Amigo, te contaré una pequeña historia que pasó entre estas paredes: ¡un chico quemó a otro con agua caliente! En esos momentos difíciles es cuando uno

más valora la vida. Los separaron. Al que quemaron lo dejaron en un sistema acogedor y el que lo quemó está aislado.

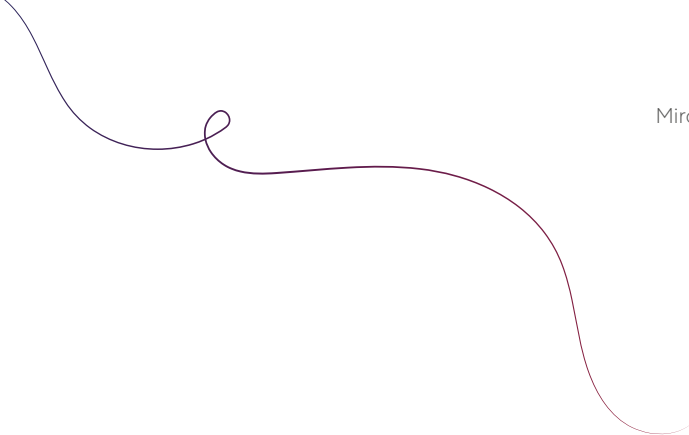
Si me piden la opinión, si me preguntan qué haría, ¡no sabría qué responder! Lo que sí sé es que cada uno tiene sus razones, sus porqués para estar acá y si me pusiera a pensar yo diría que... Mejor, amigo, compartamos unos mates para que no nos olvidemos de...

que somos personas, que un error lo comete cualquiera, que uno es el dueño de sus acciones y puede remediarlas, que la ira es solo un sentimiento que si lo alimentas se hará más grande, que si logras aprender a expresar tus sentimientos alcanzarás un logro impagable, especialmente entre quienes te tienen afecto.

Recuerda, y no importa si eres de color, alto, gordo o flaco, si eres rico o no, todos podemos decidir qué hacer o no hacer con nuestras vidas. Tú eres el dueño de tus acciones...

¡Vive, amigo!

Porque la vida es una y no importa lo difícil que sea. Sal adelante y calla las bocas que mal hablaron de ti.



Encuentra tu salida, estudia, trabaja, haz algo por tu vida. Que no solo sea pasarlo bien. Debes sentirte orgulloso de ser quien eres.

¿Qué haré al salir, amigo? Estudiar, trabajar en lo que me gusta y remediar lo malo que hice.

Cuando salga podré decir que este no era un viaje largo y sin salida, sino ¡una prueba que al fin logré sortear!

El encierro

Diego

Estudiante

Colegio El Renoval

Coronel

Érase una vez un lugar muy cercano,
donde la vida, los años, los meses, los
días y las horas se pasaban observando
la nada; un lugar donde quienes lo
habitan sobreviven tras sus propios
miedos, desafíos y el peso de sus
propias acciones.

El encierro en este lugar, amigo que llega,
se vive en lo más amplio de la palabra.
La libertad no existe, mas las ansias de
escapar son permanentes. ¡Arrancar de
esta prisión que oprime el corazón hasta
las lágrimas!

El encierro, poderoso enemigo, puede
vencer al más fuerte, pero no al más
soñador. Por eso, amigo: sueña.

Sanación

Matilde

Profesora

Colegio El Renoval

Coronel

A veces la vida es ingrata ante los ojos del mundo. En ocasiones, un hecho delictivo puede dejar marcas imborrables en quien ha sido víctima, sobre todo cuando se ha dañado la dignidad y la intimidad.

Ha pasado tiempo desde que dios me concedió la oportunidad de ejercer como profesora de educación básica, en un centro privativo de libertad para jóvenes adolescentes. Cómo olvidar aquellos primeros rostros que, sin querer, me recordaban a mi victimario y las horas de horror vividas un año atrás en el norte del país.

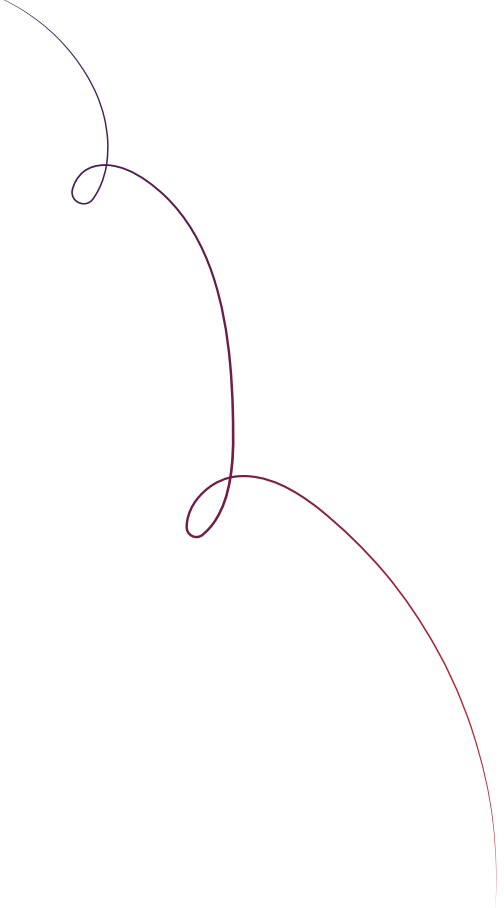
Pasaron los días y fue inevitable ir conociendo a los jóvenes más allá del rol de estudiantes. De a poco se generaban conversaciones más profundas, hasta el punto de saber, por ejemplo, el miedo al viento, en un temporal, de uno de los chicos, o saber con exactitud, hasta el día de hoy, la fecha de su cumpleaños. Fueron tantas las conversaciones cara a cara que, de solo recordar, se presentan frente a mi memoria los ojos tristes, la piel morena y la sonrisa de uno de ellos.

Debo confesar que por más curiosidad que me diera saber de los delitos o

causas por las cuales estaban ahí, no lo quería saber. No estaba dispuesta a sentir temor, miedo, desagrado o rechazo. Tal vez querría salir corriendo de ese lugar al oírlos. Sin embargo, poco a poco fui conociendo cada causa, cada delito y hasta las razones y justificaciones que los jóvenes dan a sus actos.

Mis prejuicios comenzaron a desaparecer, la ansiedad por lo desconocido también. Comenzó a gestarse en mí la capacidad de escuchar, de entender, de empatizar y hasta de encariñarse con los jóvenes. No con todos, pero sí con los más cercanos. Estaba viviendo la delincuencia desde la otra cara de la moneda, desde un punto de vista humano y cercano. Aprendí a separar y desligar un rostro o un nombre de un delito.

Con los años, mi corazón se abrió hacia un joven condenado por uno de los delitos más atroces que puede afectar a una persona. Nunca sentí miedo ni rechazo. Al contrario, conocerlo y generar lazos de confianza contribuyó enormemente a que terminara de sanar mi alma, tras haber sido víctima de un delito similar.



Nunca imaginé lo poderoso de trabajar
aquí, de la fuerza interna de los
adolescentes y lo fuerte que yo era.

Sobre este adolescente no he sabido más.
Solo recuerdo la última vez que lo vi en la
sección juvenil de una cárcel para adultos.
Tras las rejas asoma su cara y mueve su
mano en señal de adiós. No puedo olvidar la
pena en su rostro ni la congoja sentida.

Nunca sabrá lo importante que fue para
mí haberlo conocido. Nunca sabré si fui
importante para él.

Realidad penitenciaria

E. Catillo, H. Astete, M. Pastenes

Estudiantes

Escuela Profesor

David Fernández Pérez

Yumbel

La solidaridad, algo presente
en nuestra realidad aquí en la cárcel
Yumbel es la ciudad.

Vivimos buscando libertad
tratando de ser mejores personas
y reinsertarnos en esta sociedad.

El compañerismo es algo esencial para hacer
el bien que, para hacer el mal, es una
elección real, tú decides a quién ayudar.

En este recinto penal
cada día que pasa juntos
aprendemos a ayudar, a derrotar
la debilidad.

Nos rodea, nos amarra, nos sumerge.
Nos deja fuera del presente de nuestras familias.
Quedamos, día a día, ausentes.
Anhelamos un día, un día en especial, el de poder
estar con la familia en la libertad. Ser libres
otra vez; tener de nuevo otra oportunidad, para hacer
todo bien y con buena voluntad. Con el apoyo
de la familia no cometer errores acompañados de maldad.

Gracias a ti, solidaridad.

Esta es mi historia

K. Castro

Estudiante

Liceo Santa María Eufrasia

San Joaquín

Yo era una niña que me gustaba mucho ir al colegio. Nos crio mi abuelita. Ella siempre nos dijo que quería lo mejor para nosotras. A pesar de eso, cuando tenía 12 años, me pasó algo muy fome, hecho por el cual lo pasé muy mal y marcó mi vida para siempre. Producto de lo ocurrido quedé embarazada y a los 13 años ya era madre. De allí a un hogar. Se llamaba "Refugio de madre adolescente".

Ya le queda claro, amiga, que no tuve infancia como la que cualquier niña hubiese querido tener. En el hogar lo único que hacía era mirar a mi hijo y me preguntaba "¿Por qué me tuvo que pasar esto a mí? ¿Por qué no puedo estar con mi familia? ¿Por qué debo estar aquí?".

Pasaron los meses. Mi hijo fue creciendo hermoso con sus ojos celestes, rubiecito y blanquito. Cuando cumplió seis meses de vida, justo un 23 de septiembre, yo estaba con él escuchando música. Llegó una asistente social y una psicóloga – aún recuerdo sus nombres. Me llevaron a su oficina y al acercarme veo a mi abuelita y a mi madrina. Me dicen que seré trasladada a otro lugar porque mi hijo sería trasladado a otro hogar. Al escuchar esto sentí como que un balde de agua fría

me hubiera caído encima. Salí corriendo de la oficina para ver a mi hijo. No lo encontré. Estaban solo los hijos de mis amigas, pero no el mío. El mío no estaba. Me sentí desesperada, agarré sus fotos y lo busqué por todos lados. No estaba en ningún lugar.

Al otro día me trasladaron al CTD de Pudahuel, hogar de protección según me dijeron. Estuve un par de días y me arranqué con el objetivo de buscar a mi hijo en distintos hogares. Cuando logro encontrarlo, me dicen que yo no puedo verlo porque era menor de edad. Comencé a vagar por las calles. Conocí gente que se convirtieron en amigos muy cercanos. Pero empecé a drogarme y robar.

Cuando estaba ya metida en las drogas, busqué ayuda en mi familia. Nadie me quiso recibir. Pasé frío y hambre. Me refugié en la gente que conocí creyendo que me hacían bien. Ahora me doy cuenta de que nunca fue así. Consumí todas las drogas que me ofrecían, marihuana, pasta base, pastillas, neoprén...

Todo lo que hice solo me sirvió para caer al COD, de Santiago donde estuve seis meses. Después volví a la calle. Conocí a un chico y fue mi pareja; quedé

embarazada y nació mi hija Catalina. A los dos meses me dejó. Luego, conocí a una niña que se convirtió en mi pareja y con ella críe a mi hija.

Ahí supe lo que significaba ser madre, porque a mi hijo Jonathan nunca más lo vi. Puse todo mi amor en Catalina.

Todo bien hasta que tuve una recaída: consumo de drogas, vuelta a robar y así hasta que me pillaron el año 2017. Vine a este lugar a hacer una condena de tres años y un día.

Ahora, estoy intentando hacer las cosas bien para irme a la calle, a cuidar a mi mamita que en marzo sufrió un derrame cerebral. También porque quiero recuperar todo lo que he perdido, como mi familia. Por eso estoy enfocada en portarme bien y lograr un cambio en mi vida y en la de mis seres queridos. Y es por eso que me vine voluntariamente al CTA, que es un patio para rehabilitación, porque quiero cambiar mi vida. He sentido apoyo de mis compañeras y de los terapeutas que me han enseñado cómo enfrentar la vida más adelante y también cómo comunicarme con mis pares. Todo el apoyo que me han dado sirve para verme, en el futuro, afuera, junto a mi familia... Esta es mi historia.

Historias de cárcel: de "Matuaje" a "Kimbal"

R. Cáceres

Estudiante

Escuela Presidente Prieto

Talagante

Esta historia está basada en hechos de la vida real. Santiago de Chile.
Región Metropolitana.

En marzo del año 2015 soy detenido por un delito complejo y llego al recinto penal, al que nunca imaginé entrar alguna vez.

Primero ingreso a la celda de castigo, quedando encerrado en condiciones de hacinamiento extremo, llegando a tener que convivir en un cuarto de cuatro metros de largo por tres de ancho, seis personas, con el baño adentro, sin paredes de privacidad. Ahí permanecí tres días, que fueron una eternidad.

Al cuarto día me llevaron a las oficinas de fichaje y clasificación. Me tomaron fotos, me pesaron, midieron e hicieron exámenes médicos. Revisaron, además, si tenía marcas en la piel: cicatrices, tatuajes o picaduras. Luego me devolvieron al aislamiento.

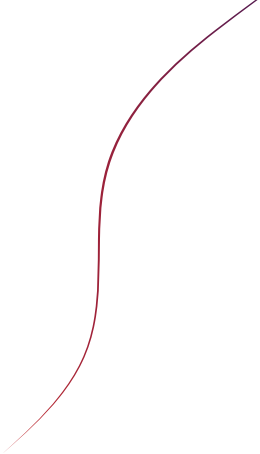
En el transcurso del quinto día, me derivaron a la sección de imputados, el lugar en que se espera que el juez dicte la sentencia y se pueda ingresar a la población a cumplir la condena. Antes de eso, uno vive como en un limbo, todo

es incertidumbre. El tiempo se queda como estancado.

Entré al patio e inmediatamente me encontré con un vecino de mi barrio, que comenzó a explicarme varias cosas acerca de la vida adentro de la cárcel. A mí no me interesaba lo que decía, pero él insistía en que debía saberlas. Eran códigos de los presos que, a pesar de mi poca concentración, logré entender. Conversando con mi vecino la tarde llegó rápidamente y pasamos a la cuenta diaria de los internos, incluido yo. De ahí nos fuimos a un piso de unos diez metros de largo, por unos cinco de ancho, donde habitaban unas 100 personas. Cuando cerraron la enorme puerta de fierro, su ruido me causó pánico. Comenzaba mi otra vida, la de preso.

Pero la vida continúa y el inicio de una reunión entre mis nuevos compañeros me sacudió un poco el mal humor: se discutía dónde iba a dormir, qué espacio me darían para descansar. Y ya necesitaba urgentemente recostarme en algún lugar.

Comenzaba un mundo muy diferente al que yo creía cuando estaba en el patio. Fatigado de tantas preguntas y



del hacinamiento, apenas tenía energía. Tanto así que en cuanto me asignaron un espacio me dormí plácidamente. En el sueño logré reencontrarme con mi familia y no quería despertar. Era tan hermoso. De pronto se siente un ruido terrible. Los internos gritan desde todas partes del dormitorio. Con mucho esfuerzo logro despertar tratando de entender el alboroto. Es imposible. Es demasiada la locura y el desorden. Se me ocurre mirar por una pequeña ventana, pero lo único que veo es una mano con un *spray* frente a mi cara, que me lanza un chorro de gas anaranjado. Es terrible, no puedo mirar ni respirar. Siento un ardor insoportable en la cara.

Salgo como puedo de la pieza y voy al baño. Abro la llave para mojarme y no sale agua. Voy a las duchas y tampoco sale nada. Ahí empiezo a entender lo que gritan todos, piden agua y luz. Me entero de que hace horas que están así, en la oscuridad total y sin agua, pero yo dormía tan profundamente que desperté casi al final del escándalo.

De a poco empecé a entender muchas cosas. El tiempo ya no parecía detenido. Iba formando parte de ellos, de los

choros, porque mi delito era y es algo respetado. Entonces, comencé a utilizar mi condición de *choro*, igual que los que vivían conmigo, para vivir tranquilo. Sin embargo, encontraba indigno el maltrato que algunos *choros* les daban a los más débiles hasta someterlos y convertirlos en esclavos: *perquines* o *perros*.

Sin darme cuenta, fui tratando de cambiar las cosas, de usar mi respeto de “*choro*” para terminar con los abusos. Miraba los conflictos, opinaba qué manera era adecuada para poner fin a los problemas y continuar viviendo lo mejor posible día tras día, a pesar de la angustia de no saber de mi futuro. No tenía la menor idea de qué sucedería conmigo y con la preocupación constante por mis hijos, mi familia y mi casa. En realidad, iba arrepintiéndome de los hechos que originaron mi causa.

Días en que no sucediera algo fuerte y sorpresivo no había muchos y me iba acostumbrando a esa especie de rutina peligrosa. Pero cuando se acercaba una fecha importante, todo volvía a dolerme igual que al principio: el día del amor, del niño, de la madre, las fiestas patrias, fin de año, etc. Hasta el día de hoy no

me acostumbro a esa angustia de estar lejos de los que anhelo acompañar y creo que nadie acá logra superarlo. Lo único que puede hacer soportable esta soledad es hacer algo bueno por el otro, un pequeño gesto, compartir un momento de calor humano.

Yo no soy el mismo y no sé si quiero volver a serlo. De hecho, ni siquiera me llamo igual. Antes me conocían como "Matuaje" y hoy soy "Kimbal", una marca de artículos de artesanía en cuero que mi familia me ayuda a vender y todo lo que recibo es para ellos. Nada me reconforta tanto como eso, poder darles un poco de bienestar, aunque yo no esté físicamente en sus vidas.



Reconstruyendo una oportunidad

A. Parada, S. Carrasco, M. Acuña

Estudiantes

Escuela Presidente Prieto

Talagante

Transcurría la tarde en un día de diciembre, cielo despejado, temperatura cálida y una agradable brisa acariciaba las caras de los internos. Caminaba por la cancha de futbolito y me llamaba mucho la atención el triste rostro de uno de mis compañeros del 2° Ciclo Medio.

Su mirada perdida y su silencioso lamento me hicieron acercarme a conversar con él:

"¿Qué te pasa? Te vi en la cancha como ido y tú no eres así. ¿Qué te pasó?", pregunté nuevamente. Fue entonces cuando me expresó su pesar.

Dijo: "¿te acuerdas que somos compañeros en 3° y 4° Medio?" Le respondí: "sí, y ya nos graduaremos".

Me miró triste, con ojos brillantes y el ceño fruncido, como *Charly Brown*. "Lo siento, pero no podré acompañarte en esta linda etapa. No me graduaré junto a ustedes", dijo mirando el suelo.

Pregunté "¿por qué?", levantando y dejando caer mis hombros.

Respondió, frotándose el cabello, "porque reprobé, repetí, más bien fallé. No sé cómo pude desperdiciar tan grande oportunidad".

"Pero ¿ya te avisaron? A lo mejor fue un error o una broma de mal gusto", le dije. Me contestó que no, que hacía poco rato se lo había informado la directora. "¿Y no hay nada que puedas hacer?", pregunté. "Sí, renunciar al estudio", contestó decidido.

Pensé, lo más rápido que pude, en decirle algo para darle ánimo: "eso es lo peor que puedes hacer en este momento, piensa que es una nueva oportunidad y una esperanza. Además, si no enfrentas tus desafíos, jamás sabrás de lo que eres capaz".

"Creo que no sirvo para los estudios", dijo.

Respondí: "esa es exactamente la actitud y el pensamiento que te hizo fallar. ¿Acaso no quieres un futuro mejor?".

"Pues... claro que sí", respondió mirándome a los ojos.

Dijo: "entonces haremos lo siguiente, vamos juntos donde la directora a conversar con ella" y fuimos a su oficina. Nos recibió ella misma, la Srta. Marta Plaza, quien cordialmente preguntó "¿en qué los puedo ayudar?".

"Vengo a reinscribirme en el colegio", dijo él.

"Muy bien", dijo la directora. "Ya lo he conversado con los profesores y estás inscrito para una segunda oportunidad en nuestra escuela".

"¿Es necesario que haga algo más para la inscripción?", preguntó él.

"Sí, que asegures que esta vez darás tu mejor esfuerzo para superar tus metas y logres triunfar en la vida".

"Esté segura de que me esforzaré", respondió.

"Ánimo y te espero en marzo", le dijo ella. Finalmente, nos miró y sonriendo dijo: "El principio del cambio en los jóvenes está en cada uno, en la paciencia y la perseverancia, más la dedicación, con una actitud positiva. Esas son las claves para alcanzar las metas que cada uno se propone".

Nos despedimos y al salir noté un cambio evidente en su rostro. Ahora reflejaba esperanza.

"¿Estás mejor?", pregunté.

"Mucho mejor", dijo sonriente, y agregó: "haré mi mejor esfuerzo, me entregaré a los estudios en un cien por ciento y me superaré a mí mismo".

Desde el primer día de marzo asiste constantemente al colegio. Es un buen alumno y logrará graduarse.

Un día conversé con él y pretende seguir estudiando, incluso ir a la universidad, lo que me sorprendió. Me di cuenta de que tú, yo y cualquiera, con un apoyo justo y en el momento preciso, puede derribar barreras, escalar peldaños, vencer la pobreza, por un futuro próspero para nuestras familias.

Como una flor en el cemento

M. Álvarez

Estudiante

Escuela Presidente Prieto

Talagante

Como cada día en una cárcel, la rutina es psicológicamente estresante. Pero gracias a la escritura he descubierto que puedo expresar sentimientos y emociones desde lo más hondo de mi alma. Se me hace fácil comunicar así, porque al hablar se me hace imposible. También me ha servido para lidiar con la lentitud del paso del tiempo.

Hoy me encuentro recluso en el Centro de Detención Preventiva (CDP) de Talagante. Es una cárcel pequeña, en la que la mayoría de los reclusos es de los alrededores y muchos de ellos se jactan de conocer el territorio y lo que es "su" cárcel. Yo, desgraciadamente, sí sé cómo funciona esta y muchas otras cárceles, pero no me enorgullece en nada. Tengo 37 años y he vivido más de la mitad de mi vida privado de libertad, y ni aun escribiendo con mi mayor esfuerzo, podré transmitir lo real de esto.

Se me haría fácil escribirles de muertes, huelgas de hambre, motines y muchas cosas más que he vivido, pero hoy la historia tiene que ser diferente.

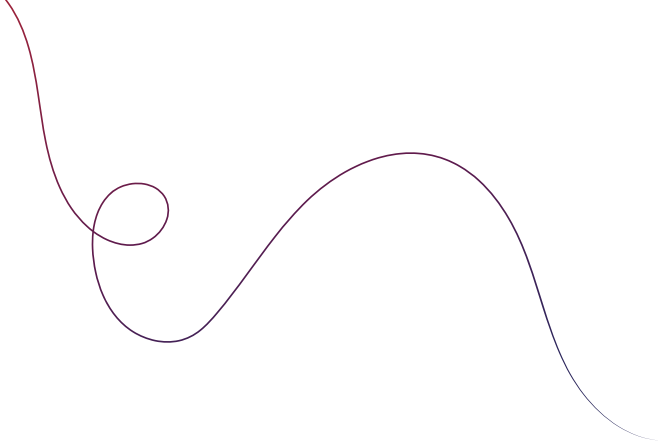
Temprano, hoy me acerqué a hablar con una profesora del colegio de la unidad, que me contó de este certamen. Con

toda sinceridad les digo que no me llama la atención ganar, solo quiero escribir y recordar a los amigos con los que crecí privado de libertad y que hoy ya no están...

La *profe* nos dijo que había que escribir sobre cosas positivas que hubieran sucedido al interior de la cárcel. ¡Qué complicado resulta encontrar algo así para uno, que lleva tantos años preso! Ya las oportunidades son escasas y he desperdiciado tantas. Pero debo reconocer que sí tuve una y fue lejos la experiencia más linda que he vivido en el encierro.

El año 2004 salí en libertad de la cárcel de Colina II, habiendo cumplido una condena de cinco años. De ese tiempo no puedo hablar de cosas positivas, porque lo único bueno fue que salí con vida.

El año 2005 fui condenado en Concepción a diez años por un nuevo delito. En El Manzano todo fue locura, drogas y peleas. A tal punto, que por mala conducta fui trasladado el año 2008 a Puerto Montt, a la cárcel de Alto Bonito, un centro penitenciario concesionado que funciona de manera muy diferente a las otras cárceles que había conocido. Esta unidad había sido



entregada en el año 2007, así que se podría decir que llegué a estrenarla.

Fui derivado al módulo 11, considerado de alta peligrosidad, en el que las piezas eran individuales y con capacidad total de 60 personas, pero no sobrepasábamos los 40 internos.

Este módulo era uno de los peor catalogados. Allí no llegaban las asistentes sociales, ni los psicólogos. Nadie. Todo era cemento, lluvias, frío y hambre. Sin televisión ni radio. Nada en la habitación. Fue en ese contexto que me hice adicto a la lectura y a la escritura, de lo contrario hubiese enloquecido. Así pasaron dos años encerrado, solo con Don Quijote, la lectura y la gimnasia...

Corría el año 2010, un día estábamos jugando a la pelota cuando abrieron la puerta de entrada al módulo y entró una señora. Todos corrimos y nos amontonamos a su alrededor, pero siendo sincero, fue con la intención de obtener algo, un cigarro, un dulce o lo que fuera. Pero ella nos dejó claro que solo venía para anotar a quienes se interesaban por dejar las drogas. Por respuesta tuvo solo insultos y la

dejaron sola ahí, parada en el patio. No sé qué fue lo que me hizo ir donde ella y decirle que me anotara. Después de escribir mi nombre se fue y cuando el funcionario cerró la puerta todo volvió a ser como era...

Después de diez días en el aislamiento volví al módulo 11, pero antes de pasar por la puerta, el funcionario me dijo que una profesora me venía a entrevistar, lo que me causó mucha risa. Me llevó a la oficina y al presentarse me dijo que su nombre era Rebeca Soto y que pertenecía a la comunidad terapéutica. Me explicó muchas cosas, tomó mis datos y se marchó diciéndome que me ayudaría.

Dos semanas más tarde, mientras estaba tomando desayuno entraron como tres funcionarios. Uno de ellos, un capitán, me llamó por mi nombre y me dijo: "Toma todas tus cosas, que te vas para la comunidad terapéutica".

Estaba arrepentido de haberme anotado con aquella señora. Solo deseaba tomarme un montón de pastillas y olvidarme que estaba en la cárcel. Pero ya era tarde para arrepentimientos de esos. La orden estaba ahí, timbrada por el mismísimo comandante.

Así llegué a la comunidad terapéutica del CDP de Puerto Montt. Eran dos módulos con capacidad para veinte personas cada uno. Piezas individuales, con ducha y agua caliente, televisión, muchos libros, atención psicológica y un trato distinto.

Comencé a participar en talleres en los que, sin darme cuenta, me conectaba con mi interior, con mi ser, con mi yo, del que ya ni me acordaba.

Un día, conversando de la vida, una lágrima rodó por mi mejilla. Sentí que estaba vivo. La profesora Rebeca Soto -mi tutora y a quien hasta la fecha quiero y extraño- me abrazó y lloró conmigo mucho rato... Hasta que ya la cárcel no existió para mí.

Empecé a escribir obras de teatro. Fueron tres. Las representamos en el gimnasio para toda la población penal. Esta experiencia fue como ver crecer una flor en el cemento y aunque pareciera difícil, vivir la experiencia de hacer teatro me hizo sentir libre... estando preso.

Ahora sigo privado de libertad y participo del Taller de Expresión Dramática que hace la profesora

Carmen Gloria Avaria, en la escuela que hay aquí, en el CDP de Talagante, y puedo decir con orgullo que recién egresé de cuarto medio. Además, tengo un motivo por el cual luchar: contribuir a cambiar esto. Si lo que he escrito llega a las manos de quien pueda hacer algo por la reinserción de los presos en la sociedad, que comience tempranamente por los jóvenes. No será en vano, porque siempre se pueden sembrar momentos inolvidables que cambien el destino.

A paso firme con la educación de calidad

Ricardo Jaque

Coordinador Formativo

CIP CRC Coyhaique - Sename

Coyhaique

El centro privativo de libertad de Coyhaique siempre se ha caracterizado por el bajo número de ingresos a sus casas, sean estas de internación provisoria, de régimen cerrado o semicerrado. Esto ha repercutido negativamente, porque al tener pocos menores, disminuyen las posibilidades de contar con un establecimiento educacional, al interior del centro.

Para resguardar y garantizar el derecho a la educación, se ha generado, desde su creación, un programa de apoyo al proceso educativo de los jóvenes de las tres casas. Es el programa ASR¹, Educar para la Paz que, entre otras cosas, realiza reforzamiento educativo y de apoyo a la continuidad de estudios. Sin embargo, al no tener reconocimiento oficial por parte de Ministerio de Educación, solo puede limitarse al reforzamiento de contenidos de aprendizaje para rendir exámenes de validación de estudios. Además de entregar orientaciones, este programa trabaja de manera individual por un

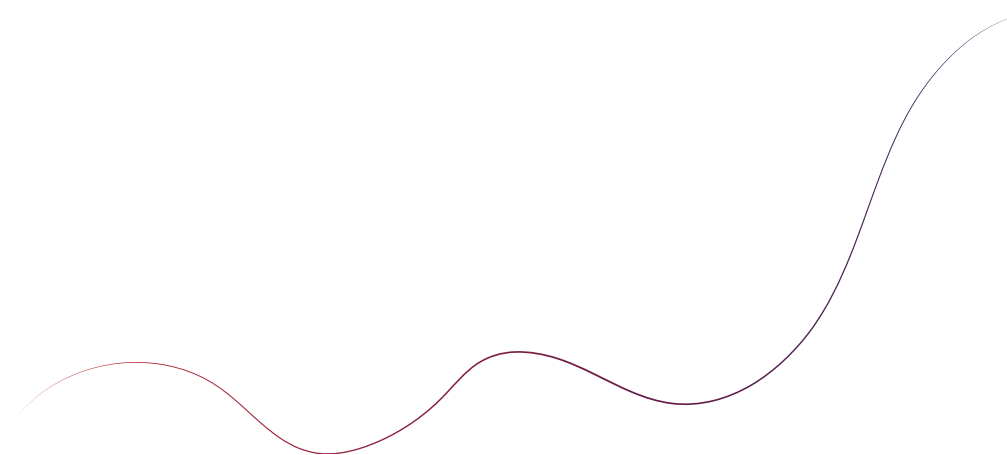
periodo de 45 minutos pedagógicos, y proporciona atenciones individuales especializadas diariamente. Pero no cumple la misma función que podría desempeñar un colegio.

El año 2014, se postuló a una iniciativa regional y se obtuvieron fondos por un período de dos años, para financiar el funcionamiento de un colegio. Lamentablemente este proyecto no pudo continuar por el alto costo que generaba la contratación de profesores de enseñanza media, en relación con el escaso número de alumnos. Esta iniciativa, si bien no fue viable en términos financieros, sí lo fue en términos académicos, ya que logró que jóvenes egresasen de enseñanza media y rindieran la PSU.

Terminada la experiencia, el programa ASR, vuelve a sus orígenes y continúa con el reforzamiento educativo y la rendición de exámenes de validación de estudios, con los riesgos que eso implica.

Afortunadamente, el año 2017 la situación cambia radicalmente: prosperan las coordinaciones entre el Ministerio de Educación, la Ilustre Municipalidad y el Servicio Nacional de

1. ASR: Apoyo Sicosocial a la Reinserción para adolescentes privados de libertad. Corresponde a un programa del Sename.



Menores y se incorpora un Centro de Educación Integrada de Adultos al centro privativo de libertad, lo que permite, de mejor manera, garantizar una educación de calidad, independiente de la cantidad de jóvenes y niveles educativos que estos requieran.

A nivel profesional, la generación de esta nueva oportunidad conlleva la necesidad de fomentar la capacidad de trabajo en equipo, tanto al interior, del centro como con los profesores pertenecientes al establecimiento educacional. Esta nueva forma de trabajo ha permitido compatibilizar el contexto social con las características y necesidad educativas de los jóvenes, a fin de dar respuestas oportunas y pertinentes a los requerimientos de sus procesos pedagógicos.

En cuanto a los jóvenes, ellos han tenido la oportunidad de vivenciar, en este contexto, lo que significa asistir al colegio y participar de una rutina más estructurada, según sus planes de intervención.

También, ha sido necesario aprender a desarrollar un trabajo en red con los programas colaboradores licitados, como son, en este caso, el Programa Apoyo

Social Educando para la Paz: en primera instancia para el refuerzo de contenidos contemplados en la validación de estudios y para reforzar los contenidos disminuidos en los jóvenes matriculados en el CEIA municipal. En suma, hemos aprendido a ser puente entre ambos programas, a fin de resolver de forma positiva las necesidades de los jóvenes.

A través de reuniones entre los distintos actores, se ha logrado un trabajo más coordinado, lo que beneficia su crecimiento profesional. Ha sido necesario reforzar contenidos curriculares de Educación de Adultos para hacerlos más pertinentes a los procesos que requiere cada joven; también, considerar otros aspectos relevantes, como son las reacciones propias al encierro, el rezago educativo de los jóvenes y la necesidad de articular todos estos temas, teniendo presente que el eje de intervención se posiciona en el ámbito educativo de los jóvenes...

Llegó y no volvió más

M. B. Valdebenito

Estudiante

Liceo Santa María Eufrasia

San Joaquín

Soy una interna joven de tan solo 23 años. No soy tan sociable y llevo tres meses interna. Soy primeriza y me encuentro en el patio 2. Cuando recién llegué de la calle se me hizo bastante complicado, porque no sabía qué tipo de relación podría establecer con las demás mujeres internas y con el mismo encierro. Pero aquí empecé a conocer a sabias mujeres, con distintos tipos de personalidad, con distintos orígenes sociales. Algunas llevaban bastante tiempo aquí y me di cuenta de que todas venían por algo diferente: tráfico, microtráfico, robos, hurtos y homicidio. Distintos tiempos de condena. Debo cumplir tres años y un día por robo.

Como decía, recién llevo tres meses aquí y aún no he podido hacerme de una amiga realmente, porque en este lugar es muy difícil hacerse de amigas. Al principio tenía mi visita, mi pareja, el Maty. Cuando venía a verme yo era una mujer muy feliz. Me sentía querida y amada, sentía que alguien estaba conmigo, que alguien estaría esperándome en la calle. Pero al pasar las semanas, las visitas se distanciaron hasta que no llegó y no supe más de él.

Primero venía el día martes y no el jueves. Luego una semana sí y otra no. Hasta que no lo vi más y todo empezó a cambiar para mí, porque cuando lo tenía a él nada me faltaba. Tenía mis cosas, me dejaba dinero, comía cosas ricas. Hasta jugaba lotería. Pero por culpa de su ausencia, mis sentimientos cambiaron y mi corazón se endureció, al extremo de no hablarle a mis compañeras. No quería contar lo que estaba viviendo. Aunque me sentía sola, no lo hacía.

Pero un día, sin darme cuenta, varias mujeres empezaron a acercarse a mí, como diciéndome: "¡Esto no es eterno, Belén! ¡Estás bien! ¡Arriba ese ánimo!". Empecé a sentir un poco de preocupación por mí cuando creía que eso... en este lugar no existía.

Y un día mi corazón colapsó y conté lo que me estaba pasando: realmente me sentía bastante sola al no poder ver o estar con la persona que tenía en mi corazón, que al no verlo no era feliz. Lentamente empecé a darme cuenta de que la gente comenzó a preocuparse por mí y por mi estado de ánimo.

Ahora, son mis compañeras, estoy con ellas y espero junto a ellas que pase

el tiempo. Nos apoyamos, nos unimos, procuramos llevarnos bien, luchamos por nuestra libertad y por la gente que necesite de nosotras.

Mi pareja no llegó más, pero ahora me doy cuenta de que sola no estoy, porque somos muchas mujeres que, día a día, luchamos por tener conducta y poder ver pronto la Libertad.



Mariposas con color de polillas

Y. Soto

Estudiante

Liceo Santa María Eufrasia

San Joaquín

No sabía lo que me esperaba, ni dónde llegaría, ni siquiera sabía si todo era realidad o parte de una pesadilla. Lo único que sí sabía era que me esperaban cinco años y un día sin mi familia, sin mi pareja, sin mis cosas, sin mis amigos, sin vida y encerrada... En fin, sin mi libertad.

Aquí aprendes a tener el corazón duro como piedra y mientras más meses pasas aquí, más se te pudre el corazón. A ninguna interna le importa realmente tu pena, tu dolor. O al menos eso crees, ya que todo se vuelve negativo. Sientes que el reloj se detiene, que no avanzan los días, los meses, los años...

Con un grupo de internas buscamos refugio de todo este horrible sistema en la literatura, en los libros, en el lápiz, en el papel. Cuando nos juntábamos en la escuela leíamos juntas lo que cada una escribía. Nos mirábamos y sonreíamos porque todas nos dimos cuenta que, por lo menos, compartíamos el mismo sentimiento de rabia, de frustración y de dolor. Pero, por sobre todo, un sentimiento de esperanza, el mismo sentimiento que nos motiva a todas para luchar día a día.

Por lo menos, juntas nos acompañábamos y apoyábamos unas

a otras para seguir de pie; porque a veces, las fuerzas se gastan y te cansas. Te cansas de luchar. Pero en esos momentos es donde valoramos nuestra compañía y siempre buscamos motivos y fuerzas para volver a luchar.

Un día en que compartíamos, llegamos a la conclusión que no somos malas como parecemos. O como queremos parecer. Somos solo una capa de polvo que nos cubre (a la mayoría) para no demostrar nuestras penas, nuestras heridas, nuestros sufrimientos y nuestros dolores. Solo somos mariposas con color de polillas, por eso nos vemos como manchadas y sin vida, pero somos mariposas. Mariposas esperando que se abran los candados para volar a nuestras vidas.

Contexto, aprendizaje y momentos de la clase

Luis Martínez

Profesor

Escuela Capellán José

Luis López Carrasco

Curicó

En una ocasión, recién comenzando mi labor docente en una escuela en contexto de encierro, lleno de ignorancia, pero muy seguro de que iba a hacer una clase de Ciencias Naturales, como en cualquier escuela, se escucha, desde la puerta, un grito que dice: "Juan Machuca¹ tení que ir al área técnica". El alumno-interno² se para y me dice: "permiso, profesor, me llama la asistente", y se retira de la sala. Luego escucho varios nombres por el parlante y tres alumnos más se paran y al salir me dicen: "profe, tenemos encomienda, permiso". Se van y vuelven a los 5 o 10 minutos.

Sin entender nada pregunto qué sucede. Los alumnos-internos me explican que son llamados de las diferentes áreas de la unidad penitenciaria:

"nada de las cosas que pasan o los llamados repentinos los podimo' no pescar³, ya que podimo' perder⁴".

Luego de 30 minutos, Machuca regresa y me explica: "la asistente me llamaba para avisarme de mi plan de intervención⁵".

Estas situaciones son muy frecuentes; iniciar, desarrollar y terminar una clase con el mismo auditorium es históricamente imposible en nuestra escuela. Un alumno es llamado a entrevista con el Área Técnica de Gendarmería. Dos a enfermería. Tres no pueden pasar la cuarta reja por alguna falta al régimen interno⁶ o por seguridad, otros no pueden salir por allanamiento al colectivo, etc. Además, los horarios de atención andragógica⁷ se acortan por el atraso en la hora de desencierro y por la misma prisa para el encierro.

Eso, en lo que respecta a los horarios y disponibilidad de los alumnos. Todas estas situaciones van desmotivando y desconcentrando a los alumnos,

1. Nombre ficticio.

2. Lo llamamos así por estar privado de libertad.

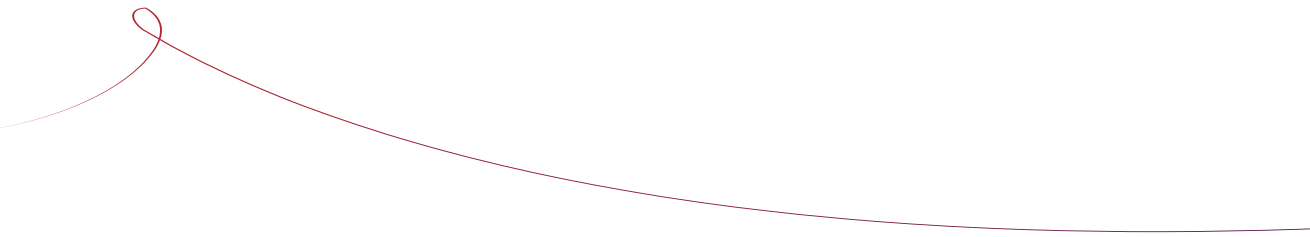
3. Ignorar.

4. La encomienda, salir de mozo, cambiarse de dependencia, etc.

5. Plan con metas y cursos que el interno debe cumplir para optar a un beneficio intrapenitenciario.

6. Normas obligatorias para cualquier interno.

7. No soy docente de niños, por tanto, no hago pedagogía, hago andragogía.



haciéndoles más difícil participar en las actividades escolares.

Entonces, ¿cómo hacer buenas clases, pertinentes y con aprendizajes significativos en un aula carcelaria?

En lo propiamente educativo, cuando se logra crear un buen grupo, participativo y perseverante, como dirían los alumnos-internos, la clase puede tomar rumbos insospechados... Depende de cómo ha estado la cana⁸ va a estar la clase. Si el clima ha sido como el descrito, seguramente solo querrán desahogarse. Entonces, hay que afinar el oído, apelar al mayor tino posible y escuchar. Solo se habla para conducir un poco.

El ser humano encerrado valora sobremedida estos espacios de diálogo. Mi intención es que las personas se expresen, critiquen y construyan el mundo que perciben, buscando siempre la complementariedad con los mundos de los otros sujetos.

Si bien mi intención educativa en mis primeros años de trabajo con internos era

8. Expresión usada por los internos para referirse al ambiente de tranquilidad o de mayor violencia dentro de la cárcel.

mucho más conceptual y escolarizada, ha ido transformándose en una relación personal y dialogante con los alumnos. Pensaba que los adultos en contexto de encierro podían acceder a los aprendizajes de forma parecida a la de los niños y jóvenes de sistema regular.

Sin embargo, esa vieja y cada vez más inservible escuela de los docentes conceptuales... en la cárcel no es pertinente. Aquí el docente no se puede obsesionar con pasar el programa⁹. Primero hay que establecer un vínculo de respeto y confianza con las personas. Quizás reparar, de alguna manera, su negativa experiencia escolar cuando niño. En este tipo de situaciones de desestabilización emocional, se han ido multifocalizando los contenidos de materias variadas. Es decir, se puede empezar una clase de fracciones y terminar hablando de biología, historia o Tribunal de Conducta. Es algo normal.

La dispersión y diversidad de preguntas y comentarios es algo habitual y quien pretenda ser educador carcelario debe

9. Este es el error más frecuente entre los profesores de contexto de encierro.

entenderlo y aceptarlo, para darle sentido a lo dialogado.

En mi trabajo docente he logrado ir incorporándolas y aprendiendo a entender qué puede estar sucediendo, a dejar fluir el acontecer y enfrentar estas situaciones con naturalidad, para conducirlas de manera educativa, pues, siempre suceden cosas nuevas. En este contexto, un educador tiene la obligación de trabajar y manejar sus emociones para no impactar negativamente en el desarrollo didáctico de la clase.

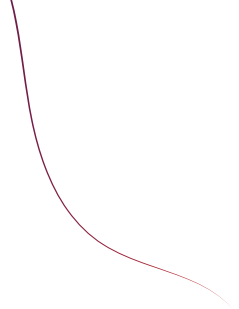
Hoy me he enfocado en realizar clases en donde los contenidos se dialoguen y se expresen experiencias, creencias o dudas sobre los mismos. Es decir, en esa puesta en común de uno o varios temas expresados por los alumnos, se logra crear un ambiente en donde, parafraseando a H. Maturana, el *lenguaje* se conforma en un espacio de convivencia y de consenso. Por algunos momentos, estas personas llenas de una carga emocional negativa se transforman, de alguna manera, en personas libres. Es en ese diálogo, en ese fluir de emociones y experiencias, que

surge el aprendizaje con sentido para nuestros alumnos.

Solo cuando se logra atrapar y hacer concreto el contenido, se logra funcionalizar los aprendizajes para que se incorporen, de manera real, a las aspiraciones y motivaciones de la persona. Así, el sentido y el significado de la educación para los alumnos-internos, se manifiesta solo cuando los pueden conectar con su experiencia y sus gustos.

Todo esto supone que el docente legitime la presencia del otro y lo respete para comprenderlo en su experiencia de vida, comprender que ese otro no comprende, no percibe ni expresa el mundo como el docente desea, sino como su capital cultural, sus haceres y sus saberes, distintos a los del profesor, se lo permiten.

El profesor es un adulto que tiene un rol de educador de adultos, por lo tanto, más que pretender enseñar debe pretender extraer y sistematizar lo que el adulto ya sabe. En palabras de Paulo Freire, "nadie educa a nadie —nadie se educa a sí mismo—, los hombres se educan entre sí con la mediación del mundo".

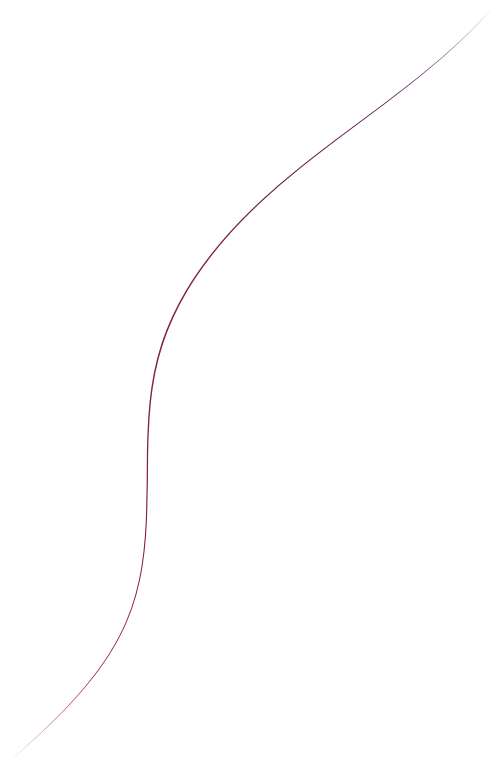


Pienso que comprender ciertos patrones culturales y sociales validan mi acción andragógica. Describir cómo suceden las clases en nuestra escuela es complejo, solo puedo señalar algunas estrategias didácticas con que busco lograr el mejor aprendizaje posible.

Lo más importante para lograr aprendizajes de calidad y pertinentes es contextualizarlos, utilizando estrategias tales como la repetición de contenidos, por lo que, cada cierto tiempo, debo repetir un mismo contenido. Ya sea por repaso o porque no todos los asistentes estuvieron en esa clase cuando este fue abordado. Esto conlleva la necesidad de realizar una adecuada de contenidos imprescindibles, sobre la base de la experiencia del profesor en consenso con los alumnos; reflexionar día a día acerca de la práctica, determinar contenidos que sean transversales a cualquier curso, volver a tratar los contenidos las veces que sea necesario, pues lo importante es el aprendizaje y no cuánto del currículum nacional se ha abarcado.

Por último, un educador en contexto de encierro debe tener gran capacidad de tolerar la frustración y no olvidar

jamás que cada clase es única y puede que no tenga continuación. Por tanto, el cumplimiento de los tres momentos de la clase se juega en ese rato que Gendarmería gentilmente nos provee de los alumnos. La fijación y comprensión de un contenido determinado está supeditado a una clase, ese es el momento único en que debe ser abordado y comprendido lo mejor posible.



Lo peor y mejor de nosotros

Rosita Rodríguez

Directora (S)

Liceo Técnico Profesional
de Adultos

Antofagasta

Su cuerpo lleva las cicatrices de lo que ha tenido que vivir en lo que va de su existencia. Algunas cruzan grandes extensiones de su piel trigueña, quemada por el constante ir y venir de una esquina del patio a otra. Así asumirá quizás que el día pasa más rápido, quién sabe... las otras cicatrices son internas, van alojadas en su corazón, en su alma... son las que surcan su mirada, a veces perdida en algún punto fijo del camino.

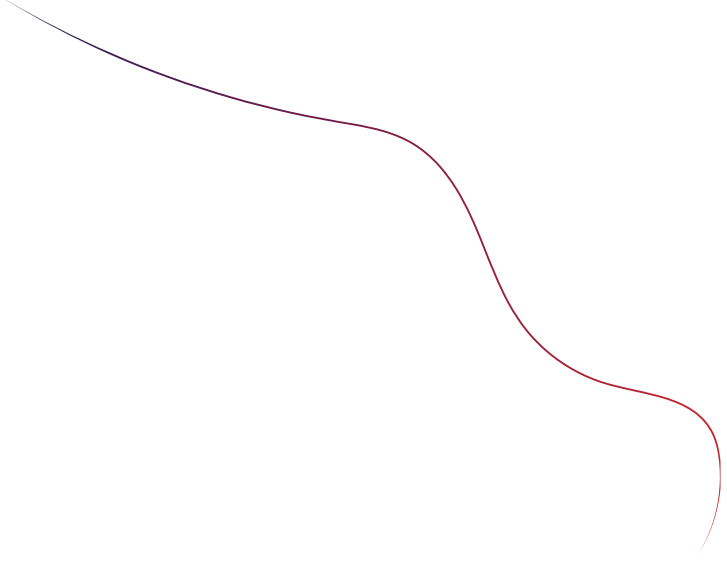
Sus manos tienen tatuajes. Muchos, pequeños, números, códigos carcelarios. Quizás fue durante su primera prisión o ahora que reincidió. La vista, encandilada por el sol abrasador, después de la helada solitaria fue cambiada por un par de cuadernos y dos lápices de pasta.

Llega todos los días, puntual, junto con sus camaradas. Sonríe. En la escuela puede ser el mejor alumno, destacarse en lo que antes era repudiado. En la escuela puede olvidarse de lo que fue mantenerse abrigado cuando se tiene frío, de comer lo que uno quiere cuando puede, de ver a quienes amas cuando te sientes feliz, o solo... tratar de tomar la oportunidad, de finalizar los estudios y tener beneficios.

Más allá, se pasea alguien con lento caminar. Un par de ojos celestes acompañan su piel blanca, aún no contaminada con el sol que todos los días ilumina este lugar. Llega junto a sus compañeros de labor de manera impávida. Cuando todos tenemos frío, él solo utiliza su polera informal, aunque nos encontremos en medio del desierto. Al igual que la mayoría de los funcionarios de Gendarmería, él tampoco es de acá.

Jóvenes, con sus familias al otro extremo del país y deseando obtener mejores oportunidades, toman el desafío de servir a la sociedad, arriesgando su vida, privándose de sus cumpleaños, de compartir las fiestas patrias, celebrar navidades y años nuevos junto a los suyos.

Una resulta testigo de ambas realidades, es algo así como el *ying* y el *yang*. Como educadora, velo por la reinserción, siendo consciente que todos los que trabajamos aquí tenemos nuestra propia historia, somos conscientes de cómo este lugar va adentrándose progresivamente en nuestras vidas. De cómo los derechos humanos, en ocasiones, valen para unos y no para todos los que estamos aquí.



Son los tuyos quienes comentan "has cambiado". Podría ser para bien o para mal... es algo que terminaremos comprendiendo cuando nos llegue el único juicio, quizás hoy, tal vez mañana.

Y es que todos terminamos aprendiendo algo, sea cual sea el rol que Dios haya dispuesto para nosotros dentro de esta selva de cemento.

Están los internos, los llamados alumnos por nosotros. Los que con sus ocurrencias nos hacen reír y creer en que la reinserción existe, que sí se puede volcar el estigma y lograr que la educación sea el norte para cuando regresen a sus hogares. Aquellos que, cuando tenemos el goce de reencontrarnos en la calle, nos gritan orgullosos, "profe, estoy trabajando, ¡míreme!", como también los que aparecen nuevamente matriculados y, de forma casi imperceptible, susurran un "volví".

Están quienes comparten con sus nuevos amigos o compañeros de trabajo un par de cervezas y los que pudieron sobrevivir a la soledad del clima y a la apatía del nortino, encontrando el amor, formando una familia; construyendo una casa, dándole color y sentido al lugar que, inconscientemente, ya escogieron como

hogar y del que no se irán. Están los que año tras año, realizan turnos nocturnos para tener más vacaciones y estar más tiempo con los suyos, para ver crecer a sus hijos, para reencontrarse con sus esposas. Los que esperan el ansiado ascenso para dejar las garitas y los allanamientos, que no solo dañan el cuerpo sino también el alma.

Y estamos nosotros, los que tenemos el derecho a ser *libres* después de nuestra jornada laboral, los que retomamos nuestra vida, recogemos los celulares que se quedaron afuera, nos reencontramos con los amigos y familiares, los que retomamos los deberes y obligaciones que complementamos con esta labor que nos permite cuestionarnos el sentido real de la educación y la libertad.

Este es un trabajo que nos permite conocer lo peor y lo mejor de una persona, donde nuestros juicios se mezclan con la vocación y lo que vemos día a día. Este es un trabajo que nos desarma y reconstruye, que nos abruma y revitaliza. Que nos ahoga y enamora; que nos cuestiona y coloca al límite nuestra existencia. Y no solo por el contexto. Este es un trabajo que nos permite conocer lo peor y mejor de nosotros.

Oliveira

Carmen Fuentealba

Profesora

Escuela Presidente Prieto

Talagante

Oliveira sentado al fondo de la sala, junto al pasillo. Apenas le he visto tres veces. Sé lo que va a decirme cuando le pregunte por qué mira fijamente el suelo, la pizarra, la muralla o lo que sea. Mientras estoy explicando las instrucciones para realizar las actividades de la clase, él parece estar completamente en otro lugar. Pero en uno que no encuentra o que no existe.

Debo tener cuidado al hablarle aparte de los demás. Puedo causarle un problema allá, en la población, el colectivo y otros nombres que aún no conozco bien. Le pido, como pretexto, que me ayude a llevar los materiales a la oficina. Le pregunto qué le pasa. Responde que lo molestan por su condición sexual. Pienso en lo poco originales que son los problemas humanos. Es más que *bullying*, está desesperado. Le pregunto si tiene miedo y me dice que sí, que le quedan pocos meses de condena, pero que no cree poder aguantarlos.

El coordinador, al que llamaré M, que es el gendarme a cargo de los internos que asisten a la escuela, me hace una señal. Significa que ya debe entrar Oliveira por la quinta reja: el portal hacia la vida de

los presos. Portal al que nosotros, los no-presos, tenemos prohibida la entrada.

Nos despedimos, le digo algo cliché, que se cuide, que tenga fuerza y que cuente conmigo.

Tal vez no sean palabras insípidas, pero me suenan así, vacías. Como que ni siquiera viajan en el aire, solo caen.

Al día siguiente M se acerca para conversar cosas de rutina. Se preocupa de cómo nos estamos sintiendo los profesores nuevos, si hemos tenido algún problema de disciplina.

¡Vaya! Este gendarme quiebra mis esquemas. No hay nada autoritario ni rudo en su modo.

Aprovecho el momento para hablar de Oliveira. Me dice que es complicado y se aleja porque está ocupado.

Hay alguien esperando que le entreguen una encomienda, golosinas, un cigarro, una carta, todo es prioridad máxima.

Ese día Oliveira no va a clases, ni al otro, ni los que siguen. Se presenta recién el lunes de la semana siguiente, más delgado. Pareciera que se va a quebrar de lo débil que está. Se ve demacrado



y con los ojos hundidos. Al término de la clase le pregunto desde lejos, con un gesto, qué tal le van las cosas. Mueve la cabeza negativamente y se va con los demás.

Algo entiendo o creo entender. Llego a la oficina y les cuento a la directora y a dos profesoras lo que pasa con Oliveira. Lo digo para desahogarme, sin pensar si me escuchan o no. Pero es la directora quien levanta la mirada. A ella no se le escapan los detalles que llevan a profundidades. Se mueve bien en las complejidades de la cultura del encierro. Entonces llama a M, que a los dos minutos aparece. La directora y yo preguntamos si se puede hacer algo. Responde que no mucho, a menos que Oliveira pida el traslado a un centro de detención con espacios separados para homosexuales.

La directora le pide a M que traiga a Oliveira. Ella asume los riesgos y las consecuencias. M trae a Oliveira que se sienta en el centro de la pequeña oficina y antes de preguntarle algo, Oliveira se pone a llorar desconsoladamente. La directora le habla tratando de calmarlo. Él dice que ya no quiere vivir, que no entiende por qué. Que no puede

defenderse porque tendría que acusar gente y eso sería peor aún. Para él y para los demás. Que no siente deseos de venganza, solo una tristeza enorme.

Trato de articular palabras de ánimo, pero nuevamente me salen sin sonido, como apagadas: que tiene que resistir. Que el país entero no está a la altura de reflexiones culturales importantes. Que tenga paciencia y trate de comprender.

Pero lanzo ideas que van a desintegrarse. Y todos allí vamos haciendo desfilar discursos armados a la rápida, en la desesperación por hacer algo, dando calmantes y analgésicos. Es como si estuviéramos en un hospital de emergencia colapsado, con enfermos que nos traen de las calles por camionadas, afectados por el abandono, la falta de oportunidades, la drogadicción, el alcoholismo. Y no tenemos los recursos, porque es enorme la necesidad.

Siento que tratamos el cáncer con agüitas de hierbas y con buenas intenciones. Esa es la desproporción de las cosas. Y mientras Oliveira vuelve a la población escoltado por M, yo vuelvo a mis labores.

El tiempo pasa muy raro. Demasiado rápido, pero sin ciclos de mañana/tarde/noche. Cuando ya es la hora de salida tengo la sensación de que hace unos minutos venía recién entrando a empezar la jornada.

Me voy a casa, donde sí hay mil ciclos en un rato, con hijos entrando y saliendo, mascotas, llamadas telefónicas, jardín necesitado de agua, etc. Me acuesto agotada, no sé si duermo o caigo inconsciente, pero despierto en medio de la noche con una pesadilla: estoy en el patio de visitas, completamente sola, está oscuro, apenas hay unas luces tenues en el alto techo de lata y fierro, la puerta de la quinta reja está abierta y Oliveira aparece en la distancia vestido con una túnica blanca, camina hacia mí, se detiene, me saluda haciendo un gesto con la mano, me sonríe con su amplia dentadura, como un destello, y en esa luminosidad se desvanece lentamente en el aire y en el silencio.

Me quedo un buen rato en vela. No estoy pensando en premoniciones ni comunicaciones extrasensoriales. Nada de eso va conmigo. Sé que es la preocupación que habita en algún rincón

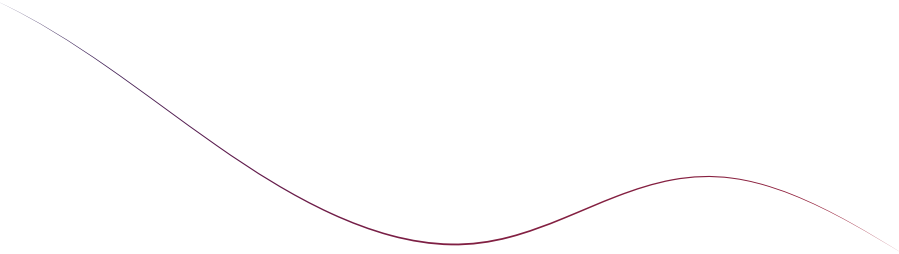
de mi cerebro, la que está haciendo cortocircuito. Me viene la idea de que puedo llegar al trabajo al día siguiente y encontrar que le ha pasado algo, que no ha resistido más.

De Oliveira no supe nada, ni bueno ni malo, lo que al final es bueno.

Durante el día me voy poniendo enferma, con dolor de huesos, fiebre, náuseas. Me devuelvo a casa temprano, apenas arrastrándome. Es una influenza, me tengo que quedar tres días en reposo. Llamo a mis compañeros de la Escuela para saber de Oliveira, pero no hay noticia. No le han visto desde que estuvo en la oficina. No entiendo, ¿cómo puede alguien desaparecer en los entredichos y los silencios culturales? No sé, pero así es.

Cuando regreso de la licencia M no está. Anda en un curso, no se sabe hasta cuándo, está en otra Unidad. Él es la única vía de comunicación con Oliveira. Ubicarlo de otra forma significa hacer papeleo, dar explicaciones... levantar polvo, que es lo menos indicado si no quiero llamar la atención o la sospecha.

El tiempo ahora pasa lento, pero hay tanto trabajo que no alcanzo a detenerme



a pensar en Oliveira. Pasan unos días, dos o tres, y durante una clase escucho que alguien pregunta en voz baja al compañero del lado: "¿Han visto a la *lady*?" y siento un *click* en el aire... ¡eso era!, no había preguntado de la forma "correcta", por el apodo, que suele ser un tanto mal intencionado, pero es lo único que funciona cuando se te pierde alguien. Para confirmar pregunto a quién se refieren con la *lady* y responden que es la mujer de la cárcel, que ahora está trabajando en los talleres de carpintería, en el Centro de Especialización Técnica (CET). Ya no vive en la población penal hace más de una semana y que nadie la ha visto. Puedo hablar con ese grupo del tema, o yo fuerzo a que hablemos abiertamente de los prejuicios casi como contenido de la clase, desglosando los argumentos de la discriminación, pero que solo califican como prejuicios, sin ninguna creatividad.

Respiro con profundo alivio esa tarde. Al día siguiente seguro averiguaré más de algo. Y así es. Temprano me encuentro a M, que ha vuelto –al fin– a sus funciones. Me cuenta un poco lo que ha pasado con Oliveira. Pero ese poco realmente es muy poco. Definitivamente las palabras no son lo suyo.

Dice que movió todos los hilos que tenía a mano: entrevistas, papeleos, llamadas telefónicas, hasta que le consiguió la vacante de trabajo y los permisos. Fin de la conversación.

De nuevo la máquina de resolver problemas me absorbe, pero no me importa, porque ya no tengo la nube negra sobre mí. Alguien duerme tranquilo por aquí y llora menos.

Un día tengo que ir a la escuela a dejar un recado urgente a una profesora de la jornada vespertina, a la que asisten los que pertenecen al CET. En cuanto entro a la sala de clases veo a Oliveira en primera fila. Se levanta de un salto y corre a saludarme. Salimos al pasillo, nos damos un largo abrazo conversado. No puedo disimular las lágrimas que deforman lo que veo. Estoy tan contenta, que no advierto que lo agobio. Me agradece lo que ha hecho la Escuela por él, que ha sido su salvación.

No me interesa discutir lo que ha sido, solo estoy feliz.

¡Tengo la certeza de que alguien hizo su trabajo!

No quiero ser lo que dicen que soy...

Risy

Estudiante

FIDE XII

Punta Arenas

Y el teclado se escucha a lo lejos así...
Delito: Robo con violencia... robo en lugar habitado y lesiones menos graves... Este es mi nombre ahora... Bueno, soy de Punta Arenas, fui trasladado a Temuco por mala conducta con mi familia. Me portaba muy mal, me escapaba de casa y estaba perdido en un mundo sin salida. Tribunales de Familia decidió mandarme a Temuco.

En ese momento sentía rabia con todo, hasta conmigo mismo. Me arranqué del Hospital para que no me mandaran lejos de mi familia; no sabía qué hacer y me fui a la casa de un amigo. Estuve dos semanas fuera de mi casa, escapándome de la ley. Pasaron los días y me encontraron. Pasé una noche en el Hospital y a la mañana siguiente me fui fuera de la ciudad. Con mucha pena y rabia en mi corazón.

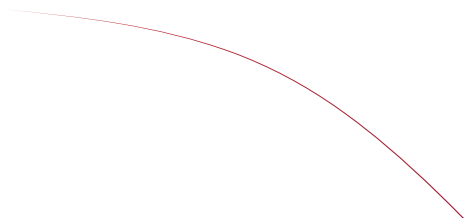
...Y el teclado sigue escribiendo... Íbamos caminando con mi compañero y vimos a dos personas. Las dos estaban con celulares. Estaba fácil hacerla. Les quitamos los celulares. Nos fuimos. Vimos una casa y mi amigo tocó la puerta. No había nadie. Entramos. Robamos. Empezamos a correr.

Queríamos pasar para librar de los pacos. A la vuelta nos dimos cuenta de que había una patrulla y nos detuvieron. Se detiene el teclado.

Empiezo a darme cuenta en la soledad de mi celda que estaba haciendo las cosas mal y era muy tarde. Muchos pensamientos inundaron mi mente y mi corazón... Un pito, de esos que aparecen de la nada, en el oído suena... suena tal cual sonaría un corazón que deja de latir... Me quise quitar la vida... Allí escuché por primera vez latir un tambor, de esos que llegan a la garganta, que me decía: por qué soy tan estúpido, si tenía a toda mi familia apoyándome y no me faltaba nada, tenía todo y lo más hermoso es que tenía mi vida...

Los que siempre están son mi hermano y mi abuela. Por ellos sigo aquí y quiero salir adelante... Me arrepentí mucho de no haberlos escuchado a ellos antes pero sí escuché a algunos *amigos*. Cuando estás cargado de plata estás contigo. Cuando estás atrapado, no hay nadie.

...Un amigo es amistad, una amistad es una relación afectiva entre dos personas, una amistad se construye en la reciprocidad y el respeto. Son



valores fundamentales en una amistad la lealtad, el amor, la solidaridad, la sinceridad y el compañerismo.

Menciono esto porque aquí lo he aprendido. Gracias a talleres, a clases, pero más al compartir con personas que se preocupan por mí; que me han hecho valorar estas cosas que antes no se me pasaban por la mente.

Ahora deseo que a través de este teclado quede escrito: Aprendizaje Positivo... Yo aprendí que nadie te tiene que tirar para abajo, solo tengo que ir hacia arriba y ganarme las cosas con el sudor de mi frente. Aprendí que las cosas que llegan fácil, fácil se van.

Y al final del camino, aprendí que a quienes creí había perdido, como es el caso de mi familia, hoy están igual que siempre, a mi lado. Acompañándome para salir luego y retomar mi destino. Vivir tranquilo y soñar sin límites. Terminar mis estudios y todo lo que pueda hacer de aquí en adelante, sin bloquear mi vida.

MIRANDO HACIA LA LIBERTAD

CERTAMEN 2018

La versión 2018 de Mirando hacia la Libertad corresponde a la quinta versión del certamen y a ella se convocó a docentes, coordinadores educacionales de Gendarmería de Chile, coordinadores formativos del Servicio Nacional de Menores y estudiantes.

La primera versión consistió en una selección de creaciones narrativas y poéticas producidas por los estudiantes internos de todo el país.

En la segunda, el libro recopiló textos dedicados a rescatar la historia y hechos de la educación en los recintos penitenciarios, mientras que en el tercer certamen se incluyeron en la publicación textos que destacan la importancia de la educación en la vida de estos estudiantes.

La cuarta versión, rescató vivencias y experiencias personales de los adultos que concurren a estos establecimientos.